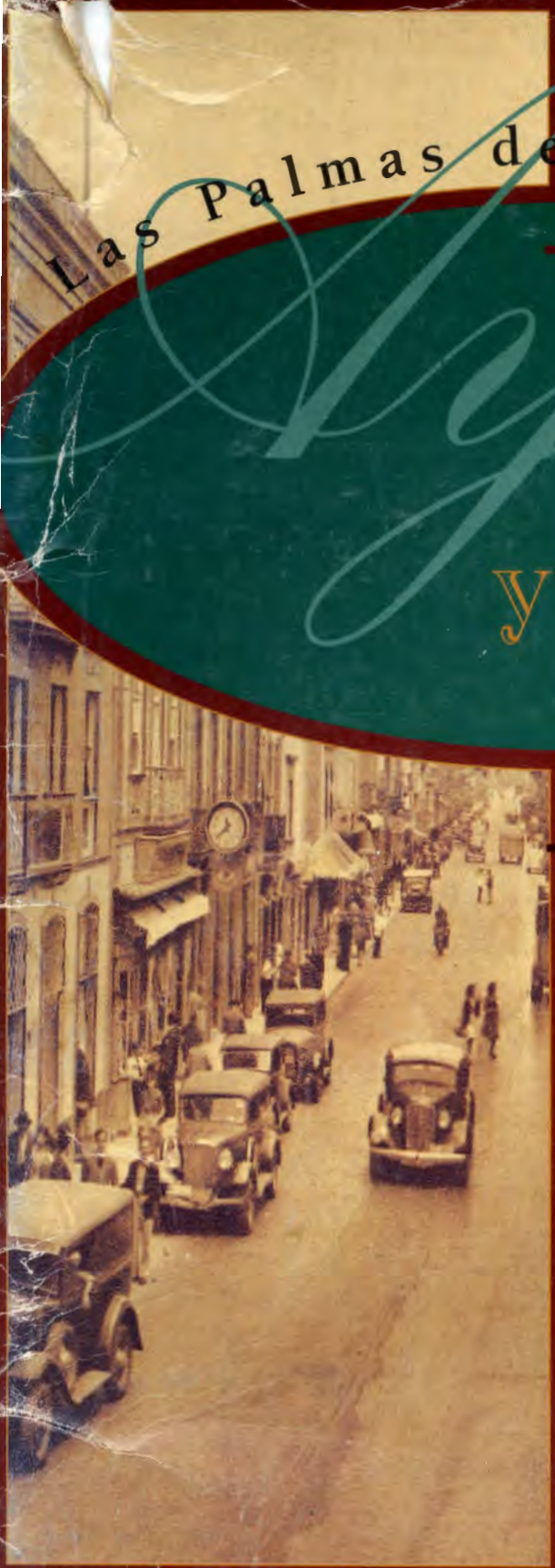


Las Palmas de Gran Canaria

Y HOY



GOBIERNO DE CANARIAS
CONSEJERIA DE INDUSTRIA
Y COMERCIO

Canarias 7



Las Palmas - Vista parcial y Ayuntamiento

Si en lugar de ayer buscáramos el anteayer de la Plaza de Santa Ana encontraríamos muchos cambios. Pocos son, sin embargo, los que podemos observar en las dos imágenes que ofrecemos. Obedecen casi todos a detalles en la ornamentación y a la restauración de algunos edificios de los que a ella se asoman. Enorme crecimiento, eso sí, en los barrios que se encaraman al fondo de la foto. Recuerdo y presente casi se funden en una única representación. Si nos remontásemos, sin embargo, a épocas anteriores si observaríamos profundas disimilitudes. La plaza mayor de nuestra ciudad, que sustituyó a la primera que tuvimos, la de San Antonio Abad, ha visto a lo largo de su dilatada existencia cómo a su alrededor iban surgiendo notables edificios en los que tenían sede los poderes establecidos.

La Catedral de Canarias la preside, dedicada también a la abuela de Jesús, en recuerdo de su supuesta ayuda a los conquistadores cuando se dirigían hacia el sur de la isla, amenazados por el acecho de los aborígenes; frente a ella, las Casas del Ayuntamiento, edificio de más reciente factura que sustituyó a su desaparecido predecesor; las Casas Obispaless y la del Regente. También el ilustre Viera y Clavijo tuvo su morada dando a la plaza, convertida hoy en Archivo Histórico tras las pertinentes obras de restauración. ¿Y qué decir de sus perros guardianes? Todos conservamos en nuestra memoria retazos de su ayer: las filas de seminaristas, los estudiantes de la Escuela de Comercio, los canónigos, turistas, alfombras de flores para el Corpus... Toda una vida.



Deposito legal: C.E. 2011/194. Todos los derechos reservados. Fotografías: "Historias de Canarias". Impreso: Litografía González.



El paseo. Probablemente sea uno de los recuerdos que precipitadamente acuden a nuestra memoria al evocar Triana. A ambos lados de la calle, grupos de chicos y chicas que se cruzaban e intercambiaban furtivas miradas; alegre y bulliciosa masa, sólo abierta en surco estrecho por el paso de la guagua.

Los raffles del tranvía desaparecido rompían el brillo del empedrado. Jaime O'Shanahan promovió la idea de un monumento al tranvía hecho con los raffles hoy sepultados y la presencia de piezas de metacrilato que permitieran ver, en algunos lugares, las vías metálicas que tanto supusieron para el desarrollo y progreso de la ciudad. Desafortunadamente, la idea no prosperó. No sabemos la fecha exacta en que Triana nació como calle; sólo que en 1514, pocos años después de la fundación de la ciudad, ya existía como tal.

Su denominación la heredó, como tantas cosas de la incipiente ciudad, de Sevilla, donde se halla su populoso barrio homónimo. Su crecimiento se vio frenado por la existencia de la muralla defensiva de la ciudad, que, tras resistir ataques piráticos, sucumbió ante ese paciente enemigo que es el tiempo, abriendo a nuestra calle mayor la posibilidad de conectarse con la carretera que unía la capital con el Puerto de la Luz. Donde otrora estuviera la zona de servicios del muelle de San Telmo, hoy parque, terminaba (o comenzaba) el paseo; los comercios, de conocidos nombres, marcaban los lugares de encuentro; el reloj, como ahora también, marcaba la hora, bajo la atenta mirada del águila;... La ciudad se transforma y Triana la acompaña, siempre presente, en su desarrollo y en la vida de sus gentes.



Doñana legal: G.C.-201194. Todos los derechos reservados.
Fotocomposición: Fotomástica Canaria. Impresión: Litografía González.



El suave traqueteo de las guaguas, repentinamente brusco cuando las ruedas tropezaban con el borde del empedrado que acompañaba a los raíles del tranvía en su recorrido, era un pasajero permanente que viajaba con todos en las idas y venidas a La Palmas.

Cuando, procedentes del Puerto, se sobrepasaba la vieja estación, que aún guardaba restos de los antiguos tranvías, el aire fresco y la luminosidad de la bahía no encontraban barreras, penetrando por las ventanas abiertas de la guagua.

Sin el agobiante tráfico que hoy la bordea en ambas direcciones, la estampa del ayer ya estaba lejos de aquel primer camino, escasamente rodeado de edificaciones, que unía la zona del Puerto con al comercial de Triana o la señorial Vegueta.

El espacio que hoy ocupa el asfalto se ha hecho insuficiente para tanto vehículo, pese a la mayor anchura que se aprecia en la comparación de ambas fotos. Los altos edificios que no han hecho aún acto de presencia en el ayer, sobresalen en el hoy al borde de la Avenida Marítima, que recibe nuevas avalanchas de vehículos provenientes de las fauces de los túneles recién inaugurados.

Pese a ello, la Playa de las Alcaravaneras sigue siendo foco de atracción para numerosos bañistas, que acuden a sus tranquilas aguas a refrescarse, y para un creciente número de paseantes que recorren sus vías peatonales contemplando el espléndido Atlántico y oyendo, quizás, en su memoria, la voz del cobrador de la guagua: ¡Vámonos!



Reproblema legal: G.C. 2011/194. Todos los derechos reservados. Fotografía: J. C. Rodríguez. Reproducción: J. C. Rodríguez.

©Dei documento. Es autores. Digitalización realizada por UJPGC. Biblioteca Universitaria. 2023



Tras la reciente remodelación de su paseo, la Playa de Las Canteras recupera el antiguo esplendor de la Avenida llena de paseantes, sobre todo en los atardeceres, para contemplar el impresionante espectáculo del sol reflejándose en las aguas mansas. El ayer que contemplamos nos presenta algunas diferencias notables con el hoy. Ya nos resulta chocante ver la calle Sagasta abierta a la circulación, aunque con escaso tráfico.

Las instalaciones hoteleras, los apartamentos y alojamientos turísticos, aún no proliferan. Los puntos de referencia eran, en algunos casos, otros: Las Cuevas, el Club Pala, el Colegio Viera y Clavijo, el Balneario... Alguno permanece, como la Clínica de San José.

Los grandes hoteles hacen su aparición en el hoy; y casi cada edificio, tras su apariencia de casa privada, está convertido en apartamentos. Para los asiduos de la playa, el mar está plagado de referentes: la peña del camello, la peña el pico, la peña el pastel, la peña la vieja,... Y los *marginulos* permitían el recorrido submarino del entorno de estas rocas, siempre precavidos ante la presencia de erizos. Las mareas del Pino eran ocasión excelente para *sebar* las olas; y, cuando estaba vacía, las *volas* constituían una oportunidad para ejercitarse remando. La Playa de las Canteras es una de las joyas que tiene nuestra ciudad, admirada por propios y extraños. Su conservación no sólo ha de ser en el recuerdo; es una tarea que nos incumbe a todos hoy; y mañana también.





99. - Las Palmas - Desembocadura del Guiniguada

La contemplación de las dos imágenes que ofrecemos de la desembocadura del Guiniguada nos permite apreciar muy sensibles diferencias entre el ayer y el hoy.

Nada digamos si nos remontamos a aquel riachuelo que encontraron los conquistadores, con abundantes palmeras en sus cercanías, lugar elegido para levantar el campamento que dio origen a nuestra ciudad. Entre una y otra imagen no sólo media el tiempo. Un gigantesco nudo de vías se alza frente al lugar donde el río, luego barranco, encontraba al mar. Su cauce yace enterrado, ocultando su casi continuada sequedad, sólo rota ocasionalmente por tumultuosas aguas que llenaban de curioso sus márgenes, atraídos por el fragor de aguas y piedras. El **Puente Palo** sucumbió también ante las exigencias de la carretera del Centro;

y los restos de una embarcación arrastrada a la orilla, hace años, por la fuerza de un temporal aparecen en el hoy.

Igualmente, los edificios han variado de forma ostensible. Como fiel testigo incólume se yergue el Teatro Pérez Galdós, sustituto del antiguo Teatro Cairasco, que se había quedado pequeño para las necesidades de la ciudad. Su exterior es lo que queda de una primera edificación, debida al arquitecto Francisco Jareño en el siglo pasado, ya que el resto desapareció en el incendio de principios de siglo. La reconstrucción se encargó a Miguel Martín Fernández de la Torre, siendo la decoración obra de su hermano Néstor. El ayer y el hoy nos enseñan su elocuente aunque silenciosa lección.



Diputación de G. C. 2017/18. Todos los derechos reservados.
 Fotocomponentes: Fotomecánica Canaria, Imprenta, Logografía, González



Los visitantes que ocupaban las habitaciones del hotel no se despertaban sobresaltados por el ruido de un denso tráfico; muy al contrario, gozarían con la paz y tranquilidad del entorno, abundante en zonas verdes proporcionadas por la Alameda, la Plaza Hurtado de Mendoza (antes de la Democracia) y los árboles que crecían a la orilla del barranco. El edificio de la esquina ha sido restaurado en su exterior por la Caja de Canarias, convirtiéndolo en Centro de Iniciativas. Es construcción del siglo pasado, según los planos del arquitecto Manuel Ponce de León y Falcón, dentro del neoclasicismo en el que destacó, por encargo del mayorazgo de la familia Castillo Olivares.

Con fachada a la Alameda, en él se ubicaron también los hoteles *Negresco* y *Cairasco*, alojamiento para ocasionales visitantes que se instalaban próximos a los puntos más importantes de la ciudad.

Junto a él, la desaparecida librería *Selecciones*, bien nutrida y concurrida; sus vitrinas a la calle eran una exposición de novedades bibliográficas que frenaban la marcha de los transeúntes, curiosos ante las cubiertas atractivas.

Enfrente, fuera ya de la imagen, estaban las oficinas de Iberia, con un pequeño escaparate en el que figuraba una maqueta de avión.

Al fondo, ayer como hoy, la Alameda, nuestro anclaje en el recuerdo.





Paz y sosiego. Ese es el ambiente que se respira todavía en muchas de las calles de Ciudad Jardín.

Sus calles estrechas, con edificaciones bajas rodeadas del verdor de jardines, ayudan a ello. Su salida natural es la calle León y Castillo.

Es cierto que el número de edificios no ha crecido mucho en esta zona de la ciudad; pero sí ha habido importantes cambios no apreciables desde el ángulo desde el que están tomadas las fotos que ilustran nuestro ayer y hoy. Por ejemplo, la desaparición de algunas casas para abrir los túneles o la construcción de algunos altos edificios.

Ciudad Jardín es una parte joven de la ciudad. El entonces alcalde, don José Mesa y López, encargó en 1922 al arquitecto Miguel Martín Fernández

de la Torre, que se había titulado sólo seis años antes, la ordenación de la ciudad.

Su proyecto, sin embargo, se detuvo en aspectos muy concretos, en especial la realización de Ciudad Jardín, sobre todo en el espacio situado entre el Parque Doramas y las Alcaravanceras. El arquitecto tomó parte activa en el desarrollo de este proyecto ya que fue además de urbanista, promotor y contratista.

Mucho queda de aquel inmediato ayer, pese a los coches que se arranciman en las aceras y que circulan con dificultad por las estrechas calzadas. El hoy, con todo lo que significa, ha penetrado profundamente en el ayer de esta bonita zona de nuestra ciudad.



Depósito legal: G.C. 69/1981. Todos los derechos reservados.
Fotocomposición: Fotomercado Canaria. Impresión: Litografía Donatista.

Nº 8

Canarias7

Ciudad Jardín



GOBIERNO DE CANARIAS
CONSEJERIA DE
INDUSTRIA Y COMERCIO



El mar al fondo. En nuestra mirada al ayer de la ciudad, el mar está siempre presente, es nuestro eterno compañero. La panorámica que nos ofrecen estas imágenes muestra su expansión hacia el sur. De una parte, está la antigua carretera. Era la vía para dirigirnos al aeropuerto en Gando, pasando previamente por Telde. Las planterías se asomaban al borde de la calzada.

El barrio de San José siempre ha tenido gran popularidad y lo atravesaban en guagua los jóvenes atletas que se dirigían a la ciudad deportiva Martín Freire.

La iglesia del barrio, restaurada en los años 80 del presente siglo, es una reedificación hecha por el obispo Plaza en 1788, que sustituyó

a la primitiva del siglo XVII erigida por Diego Ponce de León. El barrio costero de San Cristóbal también ha variado mucho su aspecto. Nuevos edificios se alzan en él y hoy se ve atravesado por la carretera del Sur, que obligó a derruir la ermita del patrono que databa de 1718, levantada en el lugar donde existiera otra más primitiva de finales del XVI.

Mantiene su tradicional actividad pesquera, brindando sus frescas capturas y pintorescas imágenes en torno a sus botes, que no han cambiado con el transcurrir del tiempo.

Ayer y hoy. Y nuestra ciudad sigue su ritmo camino del siglo XXI.



Deposito legal: G.C. 2011/94. Todos los derechos reservados. Fotocomputación y Fotomontajes Gamm. Impresión: Biografía Gráfica.



En la visión de conjunto de las dos estampas que ofrecemos se hace difícil destacar detalladamente las diferencias creadas por el hombre en los años que las separan. El Puente de Verdugo, o *Puente de Piedra*, fue en su día un importante logro para la ciudad; el viejo tendido que unía los barrios de Vegueta y Triana era de madera, ya carcomida. Las gestiones de don Agustín José Bethencourt ante Monseñor Verdugo ablandaron su corazón y su bolsa para financiar la construcción de un puente; este puente fue demolido con gran esfuerzo en los años veinte de nuestro siglo, siendo sustituido por otro que permaneció hasta la construcción de la nueva carretera al Centro, al que ornamentaban cuatro estatuas. Si bien éstas han sido colocadas nuevamente, no existe puente. Ha desaparecido la antigua farmacia, conocida como de *Las Cadenas*, asomada

al barranco, que nos asombraba con sus múltiples frascos de extraños nombres. Y la calle de Muro, abierta en la segunda mitad del siglo XIX, así llamada al parecer en honor del subgobernador del mismo nombre, rara vez aparece despejada de vehículos como figura en el ayer. También ha variado la presencia de la Alameda y de la Plaza de Cairasco, donde se eleva el edificio del Gabinete Literario, de tanta importancia en la vida de la ciudad; muchos recordarán cómo sus salones se vestían de especial gala en las fiestas de presentación en sociedad de jóvenes señoritas. De la calle General Bravo ha desaparecido el Cuartel de San Francisco; por ella venían las guaguas, procedentes de San Bernardo, próximas a finalizar su recorrido y a retomar el camino hacia el Puerto. Recuerdos de un ayer, tan cercano que casi lo podemos tocar.



Diseño: Igefi. G.C. 2019/194. Todos los derechos reservados.
Fotocomposición: Fotomecánicas Canarias. Impresión: Litografía González.



Es ésta una de las partes más antiguas de la ciudad y, como sector protegido, las diferencias que podemos apreciar entre el ayer y el hoy no son muy profundas. En esta ocasión, la mano del hombre ha sido protectora.

El tiempo parece seguir otro ritmo más lento aquí y, al transitar por la zona, tenemos la sensación de estar viviendo de nuevo épocas anteriores, cuando el peso de los años era aún liviano.

Por lo general, trasladado el centro vivencial a otras partes de la ciudad, el paso por aquí no es frecuente; turistas con su cámara, de fotos primero, de vídeo después, son los visitantes más numerosos;

niños bulliciosos y parejas que buscan un rincón tranquilo constituyen hoy también el núcleo principal de los que recorren el lugar, sobre todo después del cierre al tráfico de varias de las calles del entorno.

Sí hay que destacar desde los años 50 la presencia de la Casa de Colón, importante centro cultural de la ciudad. No se trata en realidad de un solo edificio, sino de varios unidos para dar cobijo a distintas dependencias. Hasta hace pocos años, tenía su sede aquí el Archivo Histórico Provincial, trasladado luego a la Plaza de Santa Ana. Si de recuerdos y memoria hablamos, en él está gran parte de la nuestra.





Desde la orilla del barranco que fuera riachuelo en los años iniciales de la conquista, los *riscos* comienzan a ascender en edificadas peldaños hacia la cima.

El barranco ha ocultado sus desnudos *callaos* bajo la capa de cemento y por donde antes corría, en inviernos lluviosos, el agua achocolatada, con el ruido estruendoso de su airado poder, impregnando su recorrido de un peculiar olor húmedo, circulan veloces automóviles, con sonidos bien distintos y escapes contaminantes.

Ya no están los *piratas* esperando al último pasajero que completase el viaje para partir rumbo al Monte, más ágiles y veloces que los

coches de hora de AICASA.

La calle de San Diego de Alcalá aún permanece, perdido su carácter de vía ribereña, como auxiliar del abundante tráfico que rueda por las cercanías.

La población del *risco* también ha crecido y, con ella, el número de edificios para albergarla, desplegando una abigarrada mezcla de colores en sus fachadas.

Partes de la imagen se aferran al ayer, mientras que otras se acomodan a las exigencias del progreso.





Desde la orilla del barranco que fuera riachuelo en los años iniciales de la conquista, los *riscos* comienzan a ascender en edificadas peldaños hacia la cima.

El barranco ha ocultado sus desnudos *callaos* bajo la capa de cemento y por donde antes corría, en inviernos lluviosos, el agua achocolatada, con el ruido estruendoso de su airado poder, impregnando su recorrido de un peculiar olor húmedo, circulan veloces automóviles, con sonidos bien distintos y escapes contaminantes.

Ya no están los *piratas* esperando al último pasajero que completase el viaje para partir rumbo al Monte, más ágiles y veloces que los

coches de hora de AICASA.

La calle de San Diego de Alcalá aún permanece, perdido su carácter de vía ribereña, como auxiliar del abundante tráfico que rueda por las cercanías.

La población del *risco* también ha crecido y, con ella, el número de edificios para albergarla, desplegando una abigarrada mezcla de colores en sus fachadas.

Partes de la imagen se aferran al ayer, mientras que otras se acomodan a las exigencias del progreso.



Fotografía: Juan José C. 2011/2012. Textos: José Adán. Diseño: Fernando. Composición: Fotocastel. Corrección: Inmaculada. Impresión: La Imprenta Canaria.



El Hotel Santa Catalina es uno de los veteranos de nuestra ciudad. Sin embargo, las imágenes del ayer y hoy que les presentamos no nos son excesivamente familiares.

El hotel, en sus diferentes edificaciones, ha sido punto ilustre de la capital, cobijando en sus habitaciones y jardines a la realeza.

Construido en estilo neocanario, como hiciera Miguel Martín Fernández de la Torre con muchos proyectos de su hermano Néstor que configuran el entorno del edificio, alguna de sus salas ha sido decorada por Jesús Arencibia. Entre el ayer y el hoy de nuestra lámina se observan algunas diferencias: los árboles, el número de plantas del edificio... Poco más. Pero sí es notorio el cambio en otros aspectos de sus cercanías. La toma

más antigua respira placidez y tranquilidad. Nuestra ciudad rondaba la cifra de 200.000 habitantes, el turismo vislumbraba algo de su posterior expansión y el hotel Santa Catalina recibía lo más selecto de nuestros visitantes que poco tenían que ver con las avalanchas de extranjeros en crucero que recorrían rápidamente la ciudad, asediados por la chiquillería que *chapurriaba* aquello de *uan peni*.

Desde los jardines del hotel se podía oír los aires de la tierra que llegaban del Pueblo Canario, o los gritos de la afición que animaba a los hermanos Julio y Chuchi Cabrera en la cercana piscina de Julio Navarro. Incluso en algún momento, el rugido del calmoso león que reposaba sus furezas en el pequeño parque zoológico que tuvo la ciudad. Todo un ayer.





67 Las Palmas - Calle de Castillo

Este bello rincón de Vegueta no ha variado mucho en los últimos años, como corresponde a una zona protegida.

Los alumnos de la Escuela de Comercio fueron asiduos visitantes de sus parterres, repasando las materias del día entre clase y clase. Recientemente ha sido remozada la pequeña plaza, alcanzando hasta la puerta de la ermita del Espíritu Santo que da nombre a todo el lugar.

Esta ermita no fue la primera dedicada a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, ya que existió otra fuera de la muralla de la ciudad,

cercana a la de San Sebastián. La que aparece en esta plaza fue levantada inicialmente por el regidor Diego de la Cruz en 1615. En los últimos años del siglo XVIII se puso en servicio aquí uno de los pilares que abastecía de agua a la ciudad. Hoy se levanta en la plaza una fuente de cantería azul, diseñada por su autor Manuel Ponce de León, en la segunda mitad de la pasada centuria.

Un entorno neoclásico rodea el lugar, con bellas mansiones señoriales. El ayer penetra en el hoy; las palmeras de la plaza son el hilo que nos traen al presente nuestros recuerdos.



Diseño: Legati. G.C. 2019. Todos los derechos reservados. Fotografía: Fotomedi@ Garmín. Impresión: Litografía González.



Los años han ido poniendo importantes diferencias entre la estampa idílica del ayer y la de moderna ciudad del hoy.

Las abundantes plataneras han desaparecido casi en su totalidad, sustituidas por edificios o asfalto, mientras que la ladera que aparece a la derecha de la imagen se ha ido poblando gradualmente.

Los coches han hecho acto de presencia, llenando con su variado colorido la toma más reciente.

La parroquia de San Roque la contemplamos hoy desde abajo, al entrar en la ciudad procedentes del centro. Su estampa es la misma, sin variaciones, aunque su entorno sí se nos presenta muy alterado. Esta parroquia

la instituyó el obispo Pildain en enero de 1939 en la ermita que ya existía aquí desde el siglo XVI.

El paso de los años fue deteriorando aquel modesto templo inicial que fue reformado en el XVIII, conservando algún elemento de la iglesia original.

La plaza que se alza hoy frente a su fachada es una remodelación y ampliación reciente del pequeño recinto que siempre existió, llevada a cabo por el Ayuntamiento al abrirse la carretera del centro.

Carretera que ha modificado sensiblemente el paisaje, tal y como se puede apreciar entre el ayer y el hoy de nuestras imágenes.





Vista de Tamaraceite - Gran Canaria.

Foto Baena,

¡Qué despierta nos parece la imagen del ayer! Casi podemos sentir el silencio del paisaje, roto en el hoy por el abundante tráfico que circula por este barrio, bien para permanecer en él, bien de paso hacia Teror o hacia Tenoya. Hoy los edificios cubren gran parte de los espacios libres del antiguo pago del desaparecido municipio de San Lorenzo, que vibra pujante por la dinámica actividad que despliega. Los coches de hora no son ya una mancha amarilla que serpentea lentamente por la carretera; son numerosas hoy las guaguas que

cubren el servicio de comunicación del importante barrio de Tamaraceite, al que se accede por distintas vías, como corresponde a un lugar abierto por la pujanza de su actual ritmo. Ruta del peregrino hacia Teror, todavía vive festivos momentos en las romerías al Pino para cumplir promesas por favores recibidos. Importantes diferencias separan ambas instantáneas. Del calmoso ayer al vibrante hoy, los recuerdos crecen con los habitantes de este importante barrio capitalino.



Deposito legal: G.C. 501/1961. Todos los derechos reservados. Fotocomposición: Fotocompositiva Canaria. Impresión: Litografía González.



121. Las Palmas. Risco de S. Nicolás.

Una de las estampas pintorescas de nuestra ciudad la constituyen las edificaciones multicolores encaramadas en las laderas que nos circundan. El risco de San Nicolás no ha cesado de aumentar su volumen desde su nacimiento, allá por el siglo XVII, cuando el crecimiento del barrio de Vegueta desplazó a los menos favorecidos por la fortuna hacia estos parajes, buscando refugio en cuevas al amparo de las murallas defensivas. Influyen también en su poblamiento el desplazamiento campesino hacia la ciudad y las necesidades agrícolas de la zona. Típica del barrio es su iglesia parroquial, erigida en la ermita que allí existía; en

las bajadas de la Virgen del Pino jugaba un destacado papel, ya que la comitiva pasaba por el barrio.

Desde la perspectiva que están tomadas ambas fotografías, las diferencias que apreciamos son grandes; los espacios libres que aún quedaban en el ayer prácticamente han desaparecido bajo nuevas construcciones y el abundante tráfico rodado circulando por sus empinadas calles muestra la vibrante vitalidad de este *risco* tan enraizado en nuestra historia.





La estampa del burro trotando con su carga por las calles de la ciudad ya no es habitual. Hubo un tiempo no lejano en que podíamos ver estos dóciles animales empleados en distintos servicios, por lo general arrastrando carros, hasta que todo tipo de vehículos los hizo desaparecer. Las calles que rodean este lateral de la iglesia de Santo Domingo son estrechas y a ellas se asoman aún antiguos edificios pintorescos que llaman la atención de los caminantes. Especialmente los días de romería a San Blas, protector contra los males de garganta y oídos, cuando las madres acuden con sus hijos a obtener el *linito* o *hilito* del Santo.

En la toma del ayer asoma la espadaña y campana del que fuera antiguo convento de la orden dominica, fundado en el siglo XVI y quemado a finales de la misma centuria por Van der Does, siendo reconstruido nuevamente; su tañido regía la vida de los frailes y llama a los fieles a cumplir sus deberes religiosos. Las ramas de los ya frondosos árboles ocultan hoy parcialmente este lado de la iglesia al objetivo de la cámara; pero los recovecos de los callejones del entorno perviven como una memoria viva que trasciende nuestro ayer más inmediato, retrocediendo hacia épocas más remotas.

Es un rincón poco frecuente de nuestra ciudad que debemos vigilar y proteger como legado de memoria viva para futuras generaciones.



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por UJI-PGC. Biblioteca Universitaria, 2023



El mar ha sido esa gran puerta que nos ha unido y separado del resto del mundo. Desde los inicios de la ciudad, ha constituido siempre preocupación constante el mantener abierta esa puerta, a través de los muelles y puertos. La estampa del ayer que ofrecemos se presenta llena de actividad. Los buques se alinean junto al muelle, abriendo los gigantescos brazos de sus grúas, a fin de hacer las tareas de carga y descarga. Sus banderas ondean al viento, pregonando su procedencia.

La mercancía se amontona en las cercanías, debidamente cubierta para evitar su deterioro. Un taxi aguarda; visitantes, pasajeros, gentes de las consignatarias, marinos que desean visitar la ciudad,...: siempre existe la posibilidad de un viaje.

En sentido inverso se encuentra un camión. Su estampa la recordamos perfectamente, pues circularon muchos años por la ciudad. Lentos y estruendosos, arrastraban penosamente su carga de uno a otro punto, cumpliendo con modestia su importante papel.

La iluminación corre a cargo de las farolas, de las que vemos dos tipos; pero ambas con un idéntico bombillo que se esfuerza por iluminar los rincones con su tenue luz.

El hoy es diferente. Distintos barcos, coches poco parecidos a los del ayer, camiones veloces y más potentes. Pero el halo que reina en la instantánea más antigua sigue rodeando nuestro recuerdo pese a los avances del hoy. La foto antigua corresponde a los años treinta.





La Plaza Hurtado de Mendoza es decimonónica. Sólo se hizo importante cuando el puente de Verdugo la unió a la aristocrática Vegueta. Con anterioridad, Domingo J. Navarro dice que sólo habría sido una profunda hondonada llena de charcos, arena y cantos rodados. No es de extrañar, dada su vecindad con el barranco Guinguada, al que le había robado terrenos. Tras diversas obras de remozamiento, ha sido uno de los lugares más agradables en la ciudad de la primera mitad del siglo XX, tal y como se puede apreciar en las instantáneas del ayer.

Actualmente dedicada al que fuera alcalde de la ciudad, con anterioridad recibía el nombre de *Plaza de la Democracia*. Popularmente se la conocía como *la Plazuela* o también *Plaza de las Ranas*, por unas fuentes que allí habían que tenían figuras de estos animales como surtidores. Tanto ayer como hoy, los quioscos han estado presentes en su superficie y fue lugar escogido para tertulias. Hoy sigue conservando su encanto, aunque la proximidad a la salida de la ciudad hacia el centro, con varias paradas de guagua, la han convertido sobre todo en lugar de paso.



Deposito legal: G. C. 59/1994. Todos los derechos reservados. Fotocomputación y Fotomecánica. Canaria Imprenta. C/Arguilla, 60. Las Palmas de Gran Canaria.



94 Las Palmas - Al fondo el Barrio S. Bernardo

Entre otras muchas que a todos se nos ocurren, podríamos destacar cuatro diferencias notorias entre el ayer y el hoy que ofrecemos.

En primer lugar, la ausencia de la profusión de verdor en la foto de Paco Socorro; han desaparecido las plantaciones que hicieron de nuestra capital una ciudad agrícola en alguna medida. Sólo unos restos de plataneras en determinadas zonas nos despiertan el recuerdo de mayores extensiones dedicadas a este cultivo.

En segundo lugar, la desaparición del barranco, escondido hoy bajo la carretera del Centro; paradójicamente, las aguas del antiguo Guinguada determinaron en gran parte el establecimiento de nuestra ciudad a sus orillas.

En tercer lugar, el incremento en el número de construcciones; desde el nuevo hospital militar que divisamos en la cima en la foto actual, hasta las bases de la montaña, el número de casas se ha multiplicado considerablemente.

Por último, en una panorámica en la que muchas azoteas se nos muestran, la ausencia de antenas de televisión en el ayer es otra característica que marca diferencias con el hoy. Y no sólo es la ausencia de los postes con su peculiar estampa; es sobre todo lo que este nuevo adelanto de los tiempos ha supuesto en los cambios de hábitos y comportamientos de nuestra sociedad.

Una vez más, la elocuencia de las imágenes invita a la reflexión.



Deposito legal: G.C. 349/1984. Todos los derechos reservados.
Fotocompositor: Fotomecánica Canaria. Imprenta: Logística González.



El entorno de la fortaleza ha cambiado mucho; ella no. A lo largo de los siglos, desde las primeras formas de su fisonomía inicial en el siglo XV, ha soportado estoica y valerosamente los ataques de los piratas y del tiempo.

El ayer es casi inmediato, muy cercano; pero en tan corto espacio ha variado su aspecto. Ya no podemos contemplar la estampa del pequeño barco en los varaderos para su reparación. Las zonas ajardinadas han cedido espacio al asfalto y donde antaño el mar bañara la costa, la necesaria vía de acceso a los muelles se cubre de vehículos que discurren ligeros rompiendo la placidez de la imagen.

La fortaleza, durante años, fue la única defensa de la ciudad y el puerto,

ya que fue en el siglo XVI cuando se comenzaron a construir otras fortificaciones.

Nos defendió de muchos ataques, en algunos sin demasiada fortuna, como ocurriera en los de los piratas Drake y Hawkins o el de Van der Does; hoy recibe la visita de extranjeros que se acercan a sus viejas murallas, ya restauradas, para contemplar este monumento histórico nacional que nos enorgullece.

Al fondo, los tinglados portuarios se multiplican y las banderas de los buques que atracan en los muelles son variadas.

Sólo la fortaleza permanece vigilante uniendo el ayer más lejano con el hoy más inmediato.



Depósito legal: G.C. 3071/84. Todas las derechos reservados.
Fotocoproducción: Compañía Canaria, S.p.A. Imprenta: Comastiz.



Las guaguas que hacían el recorrido más largo (no mucho más), en lugar de descender de la calle Muro hacia la margen derecha del barranco, subían por la calle Obispo Codina hasta llegar a su parada pasada la Plaza de Santa Ana.

Pocas diferencias se pueden apreciar entre el ayer y el hoy de esta calle; el tráfico era sensiblemente menor; el Puente de Piedra aún existía a la desembocadura de la calle, donde hoy se cruza los carriles de la carretera del Centro; ha desaparecido la Librería Hispania, repleta de estudiantes en los inicios de curso escolar, a la compra de los libros de texto; en la imagen del hoy, el coro de la Catedral figura en las Casas Obispaes.

Vía de comunicación del barrio de Vegueta con el resto de la ciudad, era paso obligado para los vehículos que, procedentes del Puerto, se dirigían a esta parte de la capital. Está dedicada al obispo Buenaventura Codina Anguerola, que tanto bien hiciera por la ciudad. Nacido en la provincia de Gerona a mediados de 1785, tomó posesión de la diócesis Canariense en 1848, por mandato del Papa Pío IX, lo que le supuso ser separado de la Congregación de Padres Paúles a la que pertenecía. Tuvo destacado papel en la lucha contra la epidemia de cólera morbo, atendiendo personalmente a los afectados. Trajo a las islas al P. Claret, así como a los jesuitas, quienes se hicieron cargo del Seminario al que dieron un gran impulso. Fallecido en 1857, se estudia su causa de beatificación. Es probable que, entre nuestros recuerdos, no se encuentre el de tan ilustre Prelado.



Duplicado digital. G.C. 2019/4. Toda los derechos reservados.
Fotocomposición: Fotomedios Canarios. Impresión: Litografía González.

Canarias 7

Nº 20 Calle Obispo Codina



GOBIERNO DE CANARIAS
CONSEJERIA DE
INDUSTRIA Y COMERCIO



El Puerto de la Luz constituyó desde su primer momento un auténtico motor para la economía de Gran Canaria en general y de su capital en particular.

Ha sido la puerta grande que nos ha unido al mundo, por la que nos ha llegado el turismo, alimentos, maquinaria... y por la que hemos enviado los productos de nuestra tierra.

La estampa del ayer casi es presente; por las puertas de acceso y salida a los muelles, circulan algunos vehículos, no muchos, mientras un carro, tirado por un burro, sobrepasa tranquilamente los camiones estacionados. Al fondo, el mar y la ciudad, con las torres de la catedral asomando sobre las edificaciones que bordean la costa.

El hoy se nos presenta estremecido por una circulación más densa; las guaguas rinden viaje en esta zona de la ciudad, a la que llegan de todas partes, para iniciar un nuevo recorrido.

La Plaza de Belén María nos recuerda las trágicas circunstancias en las que pereció la joven, en momentos de conflictividad social. En ella encuentra su término la larga avenida que bordea la ciudad acariciada y batida por el mar, dando entrada a la zona industrial de El Cebadal. Las edificaciones portuarias también se han extendido para prestar los servicios que requiere la actividad de nuestro Puerto.

Y el marino en piedra otea en primer término el futuro de la ciudad.



Depósito legal: G.C.-38/1984. Todas las derechos reservados.
 Fotocomputación: Fotomercado de Canarias, Imprenta: Litografía Canaria.



En la estampa del ayer, un coche se nos escapa *contra flecha*, girando a la derecha hacia Tomás Morales. Estampa insólita: sólo un par de vehículos en la instantánea; el resto, verdor y el mar muy cerca, al fondo de la imagen; la brisa procedente del Atlántico circula libremente sin ninguna barrera de edificios que le impida el paso.

A la izquierda de la foto nos aparece la frondosidad del Parque Doramas, uno de los pocos espacios verdes de que disfrutamos en la ciudad, gracias al celo del alcalde José Mesa y López. Ya en 1922, el arquitecto Miguel Martín Fernández de la Torre había propuesto la idea de crear este parque en los entornos del Hotel Santa Catalina, aprovechando la vegetación allí existente. La oportunidad se presentó meses después, cuando se puso

a la venta el hotel y las fincas anexas; a este espacio se sumó la adquisición de otro terreno de propiedad particular, de 25.000 m², configurándose así la superficie del parque.

Este pulmón de la ciudad continúa ofreciéndonos el frescor y hermosura de su vegetación, como contrapunto al intenso tráfico rodado que circula por la zona. El Paseo de Madrid placentero del ayer, se nos torna en variopinto estacionamiento, codiciado por los muchos coches que ascienden por él o que allí desembocan intentando localizar un espacio donde reposar mientras su conductor va a hacer rápidas gestiones.

La foto antigua corresponde a la década de los cincuenta.





La comparación entre la estampa del ayer y la del hoy ahorra prácticamente todo comentario. Las diferencias existentes son tan notorias que la imagen vale más que cuanto pudiéramos decir. La Clínica Nuestra Señora del Pino, que ya ha superado hace algún tiempo sus primeros veinticinco años de existencia, se nos muestra joven aún. Delante de ella los terrenos del que fue Campo de España, donde tenían lugar vibrantes encuentros de fútbol, las carreras de galgos y otros destacados acontecimientos. Luego las fuentes y ahora, el nuevo edificio de la Presidencia del Gobierno canario. La brisa del mar, sana, era un reconstituyente para los enfermos, que podían contemplar el océano sin barreras arquitectónicas. En primer término, el Paseo de Chil, esa vía nueva de unión entre el

Puerto y Las Palmas desarrollada en diversas fases durante este siglo. La Avenida Marítima, realidad en el hoy, no aparece aún en el ayer. La foto antigua aparece casi deshabitada, frente a la nueva en que no queda resquicio para nuevas edificaciones.

Al fondo el muelle, al que le faltan las nuevas obras de ampliación. Entre una y otra el panorama ha cambiado enormemente. El Pino es ya insuficiente para la población de la ciudad, que reclama con urgencia un nuevo hospital. La presión urbanística asfixia el entorno, por donde un denso tráfico circula.

Ambas tomas merecen una reflexión seria. Y actuar en consecuencia. La foto antigua corresponde a los años sesenta.



Responsable: E.C. 2011/11. Fuente: Imágenes: Contraste. Fotografías: E.C. 2011/11. Fuente: Imágenes: Contraste.





93 Las Palmas - Barrio de S, Roque

Parece que se tratara de dos sitios diferentes; sin embargo es el mismo barrio de San Roque. El ayer un cuadro pendiente de completar, unas pinceladas, unos toques de color y el paisaje casi rural se poblará de nueva construcciones que sustituyen a las plantaneras y escalan las lomas. Destaca la *Casa de los Picos*, recortada y casi aislada en el ayer, hoy rodeada de nuevos edificios. Se trata de una singular edificación, cuya fachada reproduce el órgano de la Catedral de Canarias, que diariamente tocara su inquilino Monsen Rocafor, aquel gerundense que en el pasado siglo ganara la plaza de organista en nuestro templo catedralicio. El caballo blanco que cada día tiraba de la tartana que le conducía hasta la Catedral, ha sido sustituido por vehículos más rápidos y ruidosos que recorren

las calles del barrio. Las panorámicas que Luis Rocafor e Illas (así era el nombre de nuestro organista) contemplaba desde las ventanas de su singular mansión han variado considerablemente. Las plantaneras han desaparecido y la cinta negra del asfalto ha abierto estériles surcos en la tierra.

Y si a través de los años le fuera posible escudriñar el paisaje actual que se alcanza desde su ventana, quizás sorprendiera la asombrada mirada de nuestro fotógrafo Paco Socorro ante tanto cambio, e intercambiara con él un guiño cómplice, diciendo: *Cómo me han cambiado esto*. Luego, cerraría la ventana.





¿Dónde está la transitadísima Avenida de Rafael Cabrera? ¿Y la Avenida Marítima? ¿Y los altos edificios que abren sus ventanas al mar?

Nada de todo esto figurará en nuestro ayer. El mar, compañero inseparable de nuestra ciudad, estaba más cerca del Parque de San Telmo y los niños se *alongaban* con precaución a verlo batir contra el muro, apresurándose a tocar retirada en cuanto una ola era un poco más garnde para evitar el remojón.

A la ermita de San Telmo, elevada a rango parroquial en el siglo pasado, sí la reconocemos en el ayer. Erigida inicialmente en el siglo XVI, fue destruida finalizando dicha centuria, siendo reedificada en el XVII. Ella ha sido testigo de los avatares de la ciudad y del desarrollo de su entorno.

La explanada que la rodea constituyendo un parque, estuvo dedicada en su día a los servicios propios de los varaderos y del muelle que aquí existieron.

La Banda Municipal tenía lugar destacado en el recinto mientras que los quioscos ayudan a mitigar la sed y el *jilorio* hasta que llegue la hora de comer.

El hoy es más bullicioso; gentes procedentes de toda la isla emergen del túnel que desemboca en el parque desde la estación de guaguas. Los coches llenan cualquier resquicio que pudiéramos encontrar; todos corren. Como el tiempo, que sólo encuentra lagunas inalteradas en las torres de la Catedral al fondo o en la ermita de San Pedro González Telmo.





La estampa del ayer, mostrándonos en su pujanza creciente el sector de Guanarteme, podía haber sido distinta si hubiese prosperado la idea de construir en él el aeropuerto de Gran Canaria. La elección se decantó finalmente por Gando y esta zona comenzó a poblarse rápidamente. Si se instaló en ella, muy cerca del mar, una planta eléctrica de 12.500 HP de fuerza perteneciente a la Compañía Insular Colonial Electricidad y Riegos, S.A. (CICER) que comenzó a competir con la Sociedad de Electricidad de Las Palmas, hasta que ambas se fusionaron años más tarde. Las vistas que hay de Las Canteras y La Puntilla desde donde se situó el fotógrafo son de las mejores que podemos disfrutar.

Los edificios son aún bajos, casi todas casas terreras y se percibe la alineación de las calles y manzanas. *Surferos* y *bugueros* no alegran aún con sus insólitas piruetas a lomos de las olas la toma del ayer. Tampoco figura ningún híper, ni puente colgante, ni solares para el auditorio... Sólo la serenidad propia de un barrio tranquilo de la ciudad que parece *coger fuga* para lanzarse al rápido crecimiento que hoy podemos contemplar. Un crecimiento que si bien se llevó para siempre las plantaciones que figuran en el primer plano del ayer, nos ha aportado nuevos espacios desde los que disfrutar en toda su plenitud la belleza de una de nuestras más preciadas joyas, la playa de Las Canteras.



Diseño: José L. C. 491994. Texto: los autores. Composición: Fotocompositiva Canaria. Impresión: Litografía González.

Puerto de la Luz. - Gran Canaria. - Real Club Náutico.
 J. Perastrello, Photo.

Registrado No. 30.



En las proximidades del Muelle de Santa Catalina se construyó el Real Club Náutico de Gran Canaria, elevado sobre pilastras en el mar tranquilo de la bahía. Lo fundó en marzo de 1908 un hombre que, aunque no nacido en las islas (era natural de Avila) hizo mucho por nuestro Puerto: don Gustavo Navarro Nieto. Fue él su primer presidente y socio de honor, rodeado de una junta directiva en la que figuraban personalidades de la vida local.

La estampa de nuestro ayer refleja un momento de los primeros años del Club; con posterioridad a la fecha de la instantánea, contó con un embarcadero flotante, por el que los socios podían acceder a los botes puestos a su disposición para dar un paseo por la bahía. Los más jóvenes,

acompañados siempre de un vigilante mayor, gustaban de pasar entre las pilastras, soñando aventuras maravillosas balanceados por el mar en el húmedo recinto.

Han sido siempre destacadas las fiestas y verbenas del Náutico; pero las que revistieron especial carácter eran las ofrecidas a los jóvenes cadetes de los buques-escuela que de tanto en tanto recalcan por el Puerto y las de presentación de las adolescentes en sociedad.

Este singular edificio ha desaparecido y el entorno que lo rodeaba ha cambiado espectacularmente. No así su espíritu, que pervive en cuantos lo conocieron y lo recuerdan. La foto antigua corresponde a la primera década de este siglo.





95 Las Palmas - Al fondo el Barrio S. Nicolás

La luz rojiza de su laboratorio fue mostrando al fotógrafo de nuestro ayer los resultados de su trabajo. Eligió cuidadosamente el lugar desde donde retratar la ciudad y el ángulo adecuado. Hasta que los halló; y le gustó lo que vio, trasladándolo a la placa. Realmente era una estampa bella; las plataneras penetran en la ciudad; salpican sus dominios agrícolas, algunos árboles y ejemplares de la palmera canaria. A los pies del fotógrafo, las azoteas de unas pocas casas, no muy altas y la frontera natural entre los barrios de Vegueta y Triana: el barranco Guiniguada, seco habitualmente y sólo perturbado por ocasionales avalanchas de agua. Al fondo el barrio de San Nicolás, algo más poblado que el primer plano, pero no en exceso, ascendiendo por las laderas de la loma. El fotógrafo dispara su cámara. La postal estaba hecha y su atractiva imagen invitaría

a quienes la contemplaran a visitar nuestra ciudad. Paco Socorro nos ofrece el hoy. También él ha tenido que realizar un concienzudo trabajo, siguiendo las huellas borradas de su predecesor, a fin de encontrar el sitio y el enfoque que aquél empleara; buscó la mejor luminosidad y el resultado está a la vista. Los comentarios huelgan. Sólo contarles que el viejo fotógrafo quizás haya rebuscado entre sus viejos negativos el correspondiente a la foto de ayer, para cerciorarse que lo que él retrató no fue un sueño, sino una preciosa realidad que muchos de nosotros pudimos disfrutar. El progreso tiene sus exigencias. Y sus bellezas también, que podemos gozar y debemos preservar para las generaciones que nos sigan.



Deposito legal, G.C. 431194. Todos los derechos reservados.
Fotocomposición: Fotomechica Canaria. Impresión: Litografía Canaria.



115 Las Palmas - Tierra - Vista general

Las nubes que sobrevuelan nuestra propuesta para el ayer viajan por un paisaje lleno de verdor y tranquilidad. Sólo un puñado de casas aparece en primer término y únicamente algún que otro punto blanco sobre las montañas nos señala la presencia de edificaciones aisladas.

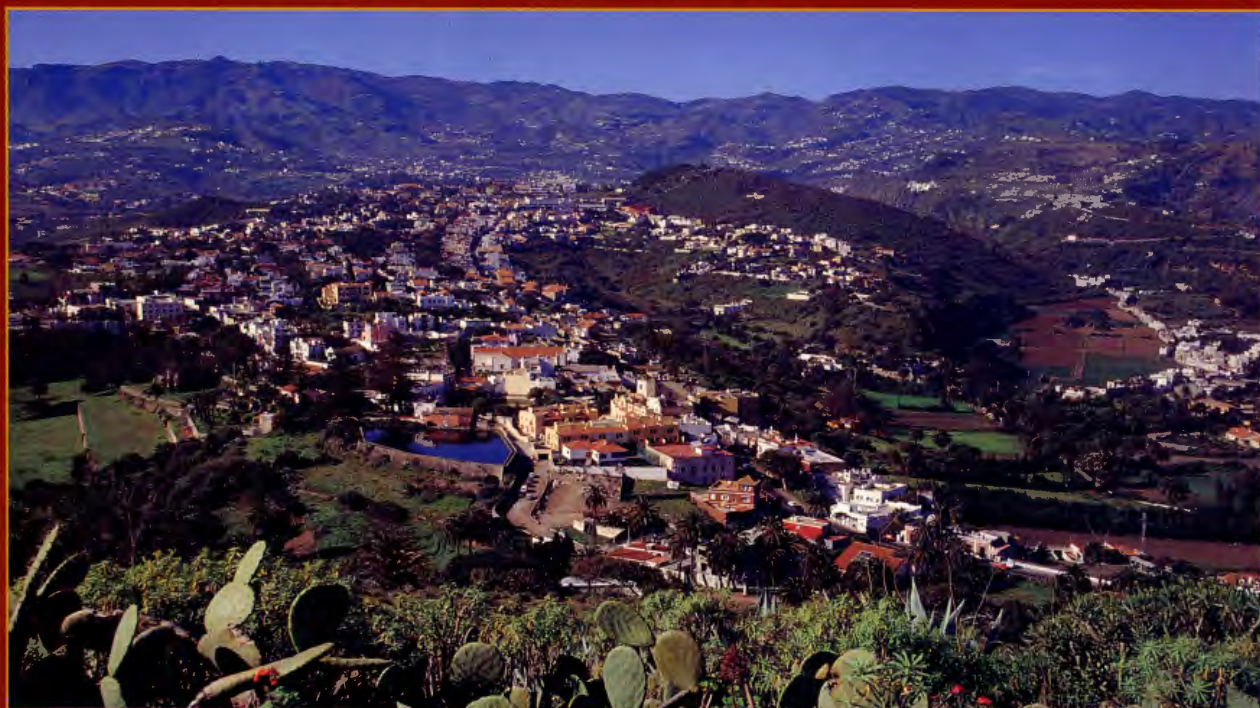
Las palmeras se alzan, como intentando alcanzar el objetivo del fotógrafo, situado bien alto.

Ir al Monte era una agradable excursión para pasar el día; había lugares donde poder comer bien y pasear, mientras que la chiquillería corría libre por amplios espacios, generalmente de picón.

La situación ha variado con los años. Los edificios se han multiplicado de forma considerable ya que este enclave que tantos años fue zona para pasar

las vacaciones estivales, se ha convertido en punto de residencia permanente de un incesantemente creciente número de familias que acuden aquí en busca de un remanso de verdor y paz, ajeno al bullir trepidante de la capital. Ello ha llevado a mejorar las comunicaciones; por lo menos hasta la Casa del Gallo, que no aparece en la foto; porque desde allí hacia arriba, la carretera general no ha sufrido ampliaciones y mejoras, soportando un intenso tráfico la misma vía que podemos contemplar en la imagen del ayer.

La solución que se adopte ha de tener toda la urgencia precisa; pero, al propio tiempo, el mayor celo por conservar lo que nos queda de naturaleza abierta y libre, cada día más reducida y amenazada. La foto antigua corresponde a la década de los cuarenta.





81 - Las Palmas - Plaza de Santa Ana y Ayuntamiento

Dos edificios importantes han ocupado las cabeceras de la Plaza de Santa Ana: la Catedral de Canarias y las Casas Consistoriales.

Si de presumir de antigüedad se tratara, el primero de ellos se lleva la palma, aunque aún no esté terminado. El edificio del Ayuntamiento es más reciente.

Con anterioridad a él existió otro que fue pasto de las llamas, desapareciendo en el fuego su valioso archivo. El incendio había ocurrido el 31 de marzo de 1842.

Pocos meses después, en octubre, se pone la primera piedra de la nueva edificación; pero la reconstrucción de tan importante lugar fue lenta, sujeta como estuvo a diferentes vicisitudes: epidemias y, sobre todo, falta de medios. Durante todo ese tiempo, la Corporación fue itinerante, cambiando de ubicación repetidas veces.

Por fin, el 29 de abril de 1856 se trasladan las oficinas municipales a sus flamantes

dependencias. Allí permanecieron muchos años, hasta que se hicieron insuficientes, yendo la administración municipal al inmueble que ocupara el Hotel Metropol. El edificio que contemplamos en nuestras imágenes guarda en su memoria muchos recuerdos, importantes unos, menudos otros; pero todos conforman una parte de nuestra historia. Destacados acontecimientos políticos tuvieron como escenario sus balcones, o el Salón Dorado; el Museo Canario estuvo alojado aquí en sus primeros años; y los certificados de residencia se expedían en unas dependencias de la parte alta a las que se accedía por variadas escaleras.

Nuestras Casas Consistoriales han superado el siglo de existencia, pese a las termitas que han ido devorando sus entrañas. Y esperamos que cumpla otros cien años, dando esplendor a nuestra ciudad con su presencia. La foto antigua fue tomada a mediados de los años treinta.





En esta ocasión, la toma de la Playa de las Canteras está orientada hacia el Confital. La foto parece bullir, contagiada del movimiento que se observa tanto sobre la arena como en la Avenida. La zona del balneario era una de las más frecuentadas de la playa; constituía punto de encuentro para los que se citaban a pasar un día a la orilla del mar. Próximo al balneario se alzaban los locales del colegio Viera y Clavijo, cuyos alumnos contemplaban con envidia y ganas el mar cercano que los arrullaba con sus olas. Más allá, el Club Pala, siempre concurrido, abiertas sus puertas a la Avenida. Y la Clínica de San José, que levantara el Dr. Apolinario. El paseo o Avenida presenta un enlosado que duró muchos años; las

barandillas sí cambiaban con más frecuencia, tanto de presencia (veces estaban, veces las quitaban), como de forma y material: metal o madera, generalmente pintados de verde. Las farolas cumplían su misión, mientras su soporte servía a algunas madres para sentar a los pequeños a quitarles la arena de los pies. Aún no figuran grandes hoteles; más bien aparecen casas terreras que fueron en su día residencia de verano para familias acomodadas de Las Palmas. Sobre la arena pocas sombrillas; en su lugar se plantaban toldos y los fines de semana se podían alquilar casetas por todo el día. Nuestra Playa de Las Canteras. Un tesoro de nuestro ayer y de hoy que hemos de preservar para el mañana. La foto antigua corresponde a los años cincuenta.



Diseño: J. G. C. 2010. Todos los derechos reservados. Fotografía: Fotomedia Camaró. Impresión: Litografía González.

Las Palmas. Telde.



Hoy nuestro fotógrafo del ayer ha emprendido la ruta del Sur y nos ofrece una estampa, idílica, de la ciudad de Telde.

Abunda la palmera canaria que destaca en la suavidad del paisaje, junto a edificaciones típicas de la zona. En el centro de la toma, el bello puente de acceso, con más de un siglo sobre sus cillares.

La carretera desde Las Palmas de Gran Canaria a Agüimes, pasando por Telde, no estuvo exenta de polémica. Hubo un primer proyecto que databa de mediados del siglo pasado, firmado por el ingeniero Francisco Clavijo que pretendía llegar a esta localidad sureña pasando por Tafira; prevaleció,

sin embargo, el proyecto posterior de Juan León y Castillo, del año 1859 y que, siguiendo una ruta más corta por Jinámar, arribó a Telde en 1886, recién finalizado el puente.

Esta ruta es la que permitió a nuestro fotógrafo obtener su placa. Paco Socorro, para conseguir la suya, ha tenido que seguir sus pasos por una carretera que ha dejado de ser la principal vía de acceso, pero que todos la recordamos con agrado por su placidez y tranquilidad cuando nos dirigíamos hacia la bella ciudad que hoy contemplamos: Telde.

La foto de ayer corresponde a los años veinte.



Publicado en 1974, S.C. 201984. Toda las acciones reservadas.
 Fotoperiodista del Fotoperiodista Canaria. Imprenta L. Rodríguez González.



Desde Las Palmas de Gran Canaria, nuestro fotógrafo del ayer se ha dirigido hacia Teror. Ha hecho alto en su camino y no ha resistido la tentación de plasmar en una instantánea el panorama, hermoso, que se desarrolla a sus pies.

La Villa Mariana se despliega en la base de unas imponentes montañas que la vigilan y guardan. Su núcleo ha sido visitado a lo largo de los siglos por conservar el templo de la patrona de la isla y de la Diócesis de Canarias, Nuestra Señora del Pino.

Desde su atalaya (la de nuestro fotógrafo) contemplamos los edificios del casco, tan llenos de recuerdos: el colegio de religiosos, el cine (donde la chiquillería disfrutaba las aventuras por entregas de sus héroes favoritos:

Látigo Negro...), la pensión con su comedor donde degustar platos de la tierra, y los edificios de familias acomodadas a lo largo de la calle principal, que desemboca en la plaza de la iglesia; detrás de ésta, la alameda con la residencia de vacaciones del obispo y el Ayuntamiento. Y el convento del Cister, donde las monjas rezan y trabajan, preparando unos exquisitos dulces que aparecían en la bandeja del torno con el característico ruido de éste al girar.

Paco Socorro ha localizado el mirador de su predecesor; y su foto, luminosa, nos muestra el hoy de Teror que, pese a su crecimiento, conserva celosamente el sabor del ayer como un tesoro que no podemos perder. La foto antigua corresponde a los años cincuenta.



Deposito legal: G.C. 20/1961. Todos los derechos reservados.
Fotocomposición: Fotocomunicación Canaria. Impresión: Litografía González.



DECADA DE LOS SESENTA

Con los dedos de una mano podemos contar los coches que circulan por una Avenida de Escaleritas que hoy casi no conocemos. Desde aquel 1945 en que se aprobaba el acceso desde el Paseo de Chil hasta la barriada de viviendas protegidas de Escaleritas, no han pasado ni cincuenta años. Y, sin embargo, ¡que diferencia! En la foto del ayer, no sólo son escasos los vehículos que se desplazan sin agobios ni tensiones; los edificios tampoco abundan. El ojo de la cámara pudo recoger fielmente la diaphanidad de los solares que se extienden hasta la parte más alta de la Avenida. Si su número no era elevado, sí lo era, por el contrario, su altura, que asombraba a los ojos de los entonces niños que imaginaban hallarse en Nueva York gracias a tan espléndidos *rasacielos*. En aquellos años se construyó en esta zona el *Palacio del Hielo*, una ilusión que soñaba constituirse

en punto de interés turístico ofreciendo espectáculos y diversiones en una hermosa pista helada. El proyecto, convertido en realidad, no prosperó y, paradójicamente, fue el fuego quien derriñó paredes y sueños. El número de habitantes es igualmente nota a destacar. Si en el ayer no vemos casi un alma, el hoy que nos ofrece Paco Socorro es bien distinto. La población se ha multiplicado paralelamente a los pisos construidos, haciendo de la zona un populoso y animado lugar de nuestra ciudad. ¿Y qué decir de las palmeras? Bisoñas aún en el ayer, no tienen un futuro muy halagüeño, recibiendo a diario los humos de los miles de escapes automovilísticos que las castigan con rigor. La contemplación de estas imágenes debe movernos a la reflexión; y la reflexión, a meditar muy bien lo que debemos hacer con nuevas posibles urbanizaciones.



Depositado legal: G.C. 2011/1942. Todos los derechos reservados.
 Foto: Fotogrametración y Comunicación Barrios. Prop. de: U.P.G.C. de Canarias.



El fotógrafo del ayer ha dejado nuestra ciudad; ha cargado sus bártulos y, quizás en el coche de hora, o el coche de Melián, como también se conocía a aquellas guaguas amarillas de AICASA, o quizás en un *fotingo* de su propiedad, ha salido a captar para un mañana que es hoy la imagen de Arucas.

A sus pies se extienden los plantíos de plataneras; no en vano ha sido ésta zona privilegiada para su cultivo. La palmera canaria surge en varios puntos, creciendo espontáneamente en esta nuestra tierra que siempre ha sido suya.

Las torres de la *catedral de Arucas* compiten en esbeltez con ellas; la laboriosidad de los maestros canteros que cincelan la piedra da cima a

la obra comenzada en 1909.

Al fondo, la Montaña de Arucas, en la que se adivina la carretera que sube hasta lo más alto para poder contemplar una de las panorámicas más bellas de la isla. Los edificios se extienden a los pies de la iglesia, alejándose de ella; son abundantes, como corresponde a una ciudad, pero no tantos como los que hoy podemos contemplar. Arucas crece y su población reclama espacio donde habitar.

Nuestro fotógrafo ha cumplido su objetivo. Hoy admiramos la perfección de su trabajo y la belleza de un paisaje entre rural y urbano que su celo profesional ha atrapado en el tiempo.

La foto antigua corresponde a la década de los cincuenta.



Deposito legal: G.C. 2871/92. Toda las derechos reservados. Foto: J. M. Rodríguez. Fotografía: J. M. Rodríguez.



AÑOS CINCUENTA

El mar está casi al alcance de la mano y la brisa del Atlántico circula libremente por la plaza abierta, impregnándola de su aliento salino. La presencia de un coche en la calle nos recuerda que existen, aunque aún no se han extendido obligando a señalar calles, marcar flechas en el alquitrán y a transitar lentamente mecidos por el cálido y sordo rrunrunear de los motores.

El barrio de Guanartermo comienza en el ayer su período de crecimiento, iniciado a raíz de la construcción de nuestro Puerto de la Luz. Aún se ven solares libres y el edificio que más altura alcanza no supera las dos plantas, dominando las casas terreras, con sus azoteas en las que podíamos ver de todo: desde nutridos palomares de colomófilos, hasta gallinas,

patos y alguna que otra cabra que ayudaran al diario sustento.

La iglesia, bajo la advocación del Pilar, se alza frente a la plaza; los domingos, sus campanas tocan *primera, segunda y a dejar*, avisando a los fieles para que no se retrasasen en el cumplimiento de la misa dominical. El hoy es bien distinto. Las calles de la zona se encuentran siempre muy transitadas por el denso tráfico que procede o se dirige al norte de la isla o a visitar el centro comercial recientemente inaugurado. Conserva su encanto la plaza, punto de encuentro de jóvenes y mayores que la disfrutan, mientras que ella contempla impasible el paso del tiempo, ayer, hoy, mañana.



Dispositivo legal: D.L. 2/1984. Todos los derechos reservados.
Fotocomposición: Fotocompositiva Canaria. Impresión: El Gráfico González.



¡No hace tantos años!, dicen los que recuerdan como casi ayer mismo la estampa más antigua. Y, sin embargo, lo que ha cambiado la panorámica. La construcción del obelisco, que dio nombre popular a esta plaza, fue un acontecimiento acogido con jocosos comentarios por todos, especialmente la juventud que alimentaba su espíritu en el cercano instituto.

El edificio de la izquierda, que acogió a la Policía Municipal y la Casa de Socorro, recibió igualmente variadas denominaciones, por ejemplo, *la casa de los retales* por estar pintada con diferentes colores en pequeñas superficies. Una guagua, ésta sí con los distintivos azul y amarillo que durante años las caracterizaron, pasa con total tranquilidad por una zona sin tráfico. Es un modelo de guagua posterior a aquellos con la puerta por atrás; tiene dos

vías de acceso que, al menos inicialmente, no estaban destinadas exclusivamente una para subir y otra para bajar. Se trataba únicamente de facilitar el camino a los viajeros, la figura del cobrador todavía existía, viajando generalmente en el *estribo*. Estos estribos eran una verdadera atracción para los pasajeros, que gustaban de tirarse de ellos con la guagua frenando al llegar a la parada. Constituía todo un arte que, a base de golpes, aprendían los galletones cuando empezaban a presumir ante las chicas, ellas no tenían permitidas tales acrobacias, aunque alguna mujer llamaba la atención de todos por su habilidad en este menester.

Pocos edificios aún en el ayer, aunque ya empiezan a crecer los que se hacen. Y la publicidad es aún escasa; sólo la guagua y un soporte a la derecha anuncian sendos productos (¡ambos bebidas!). ¡Qué tiempos!



Deposito legal: G.C. 2071994. Todos los derechos reservados. Fotografías: Fotocomunicación S.A. Imp. Ocean. Edif. 1.º. 35012. Las Palmas de Gran Canaria.



AÑOS TREINTA

El itinerario de nuestro fotógrafo del ayer le ha llevado hasta la ciudad de los guanartemes, Gáldar.

Tras el terreno más seco del paisaje y superados los primeros edificios, el verdor se enseñoera del paisaje, en el que, de vez en cuando, nuestra palmera hace acto de presencia reclamando su lugar en esta tierra tan suya. Con el fondo de las montañas, se recorta en la panorámicas la severa e imponente estampa del templo matriz arciprestal de Santiago de los Caballeros de la Real Ciudad de Gáldar, una de las construcciones de mayor monumentalidad de nuestro Archipiélago que supuso el arranque de la arquitectura neoclásica en las Islas.

El fotógrafo vuelve la mirada a su ayer y le parece ver aún a los hermanos

Eduardo (Antonio José y Diego Nicolás), trabajando en los planos que guiaron la edificación del grandioso templo a finales del siglo XVIII. Encierra Gáldar en su recinto joyas de nuestro pasado prehispánico, destacando sobre todas la *Cueva Pintada*, rodeada de un conjunto arqueológico de notable interés.

Nuestro fotógrafo recoge los bártulos; ha terminado su trabajo. El tiempo ha guiado los pasos de Paco Socorro hasta el mismo lugar; su instantánea nos muestra los cambios importantes que se han producido en esta bella ciudad; afortunadamente aquellos tesoros se conservan y nos reclaman atención y cuidado para poder transmitirlos a quienes han de ser los herederos de este precioso legado.





AÑOS VEINTE

La calle Bravo Murillo es una vía con historia en nuestra ciudad. Marcó mucho tiempo el límite de Las Palmas de Gran Canaria, pues por ella discurría la muralla que cerraba y defendía la turbe. La estampa del ayer nos resulta encantadora. No ha cambiado el tráfico, que lo vemos relativamente denso, con gran número de carros y tartanas aparcados, eso sí, en doble dirección. Los árboles ofrecen su sombra a los peatones que disfrutan del sosiego de la vía; los niños juegan tranquilamente en medio de la calle, sin que les preocupe excesivamente la velocidad de los vehículos que ascienden calle arriba. Al fondo se vislumbra la fronda del Parque de San Telmo, entre la que sobresale el edificio del Gobierno Militar, levantado en 1891 con planos del

coronel de Ingenieros José de Lezcano y Acosta, e inaugurado en julio de 1894. Vemos, igualmente, locales de la casa Elder Dempster, establecida en la ciudad por Alfred L. Jones, al igual que The Grand Canary Coaling, antes de que fuesen punto de partida de los coches de hora, o de Melián, como también se les conocía. La foto que nos ofrece Paco Socorro es bien distinta; con un tráfico moderado merced al cierre de la parte alta de la calle (dicen que por depresión de Bravo Murillo), es, pese a ello, mucho más intenso que el ayer; de los árboles umbrosos, casi ni sombra. Es el ayer que se nos fue y el presente que tenemos. ¿Qué futuro nos aguarda?



Desdoblado legal. G.C. 50/1994. Todos los derechos reservados. Fotocompositores: Fotocompositores Canarias. Impresión: Litografía González.

“Guía”



COMIENZOS DE LOS AÑOS CINCUENTA

Si nuestro fotógrafo del ayer hubiese deseado visitar la ciudad de Santa María de Guía de Gran Canaria por carretera un siglo antes, no lo hubiese podido hacer. La comunicación entre Las Palmas de Gran Canaria y toda la zona norte de la isla arrancó poco después de la trágica epidemia de cólera morbo, alcanzando únicamente hasta las Rehojas; fue en 1859 cuando se aprobó el proyecto con una longitud de 54 kilómetros, entre los que se encontraba el difícil tramo de la Cuesta de Silva.

Lentamente las obras avanzaban; en 1875 llegaban a Arucas y diez años más tarde, en 1885, por fin alcanzaban nuestra ciudad norteña.

En nuestro ayer el fotógrafo se prepara para tomar su placa. Hoy la contemplamos con agrado y cierta nostalgia agradable. Hay cosas que han

variado al compararla con la foto de Paco Socorro; pero otras se conservan y tendremos que conservar como legado que nos dejaron nuestros antepasados y que hemos de transmitir. Por ejemplo, el hermoso templo de la ciudad, que tan laboriosamente se fue construyendo desde el siglo XVII hasta el primer tercio del XIX cuando, finalizadas las torres, se da por concluido, rematándolas con la campana donada por el canónigo Gordillo y Ramos y el reloj, regalo de Luján Pérez. Guía está hoy más cerca de nuestra ciudad, con nuevas vías de acceso por la que podemos llegar a ella y recordar anteriores viajes, asomados a la ventana del coche de hora que ascendía renqueante por la Cuesta de Silva, mientras procurábamos mirar a otro lado para no enfrentarnos a la realidad de los profundos barrancos. Toda una aventura entonces.





ANOS TREINTA

Cuando la defensa de la ciudad fue una seria preocupación allá por el siglo XVI, el torreón de San Pedro Mártir jugó un importante papel ya que, gracias a él, muchos de nuestros antepasados se retiraban a descansar algo más seguros. Y el así llamado torreón de San Pedro Mártir es el que, con el paso de los años, cambió su denominación hagiográfica, pasando a ser conocido como castillo de San Cristóbal.

Construido en tiempos del gobernador Diego de Melgarejo, formaba parte del conjunto defensivo de la ciudad rondando la década de los 80 de los años 1500. Se levantó sobre un gran peñón en la costa, lo que hacía que, con la marea llena, no fuera posible acceder a él por las escaleras.

La estampa del ayer nos muestra al orgulloso castillo abatido por un persistente enemigo: el tiempo. La falta de cuidados ha hecho que la cima de sus murallas muestre serias heridas, más y profundas que las que pudo sufrir de algún cañón de la época. y la foto del hoy no es más alentadora; se detecta a simple vista cómo han desaparecido muchas de las piedras que aún permanecían ayer y que fueron minuciosamente colocadas siglos atrás. Y ante ambas imágenes brota espontánea la pregunta: ¿no es posible hacer nada por rescatar y dar firmeza a quien durante tantos años nos protegió?



Coproducción: G.C.C. 2011. Todos los derechos reservados.
 Fotografías: E. Carreras, J. Rodríguez López y M. González.



La foto del ayer nos muestra a Agaete en todo su esplendor como zona agrícola. Nuestro fotógrafo se desplazó hasta la villa marinera, tras hacer un largo recorrido por carretera que le obligó a pasar por la siempre difícil Cuesta de Silva. Quizás hubiese venido por mar, atracando en el Puerto de Las Nieves.

Elegió como centro de su toma la iglesia de La Concepción, erigida en el siglo XIX según los planos de José Antonio López Echegarreta. A su alrededor, se extienden las edificaciones de la villa; y, en primer plano, las plantaciones, fruto de la feracidad de la tierra asociada a las excelencias de un clima peculiar en la isla. No podía faltar, en terrenos tan propicios, la presencia de nuestra palmera canaria, que emerge entre árboles y edificios

reclamando un lugar que le corresponde por derecho.

La toma del hoy que nos ofrece Paço Socorro, luminosa, nos muestra a las claras el carácter turístico que ha ido adquiriendo en los últimos años esta localidad.

La facilidad de acceso lograda con la Variante de Silva, la benignidad climática, la presencia de la playa en Las Nieves y la belleza de los paisajes que desde aquí se dominan, han hecho de Agaete un centro de atracción para visitantes de fuera y dentro de la isla, que han edificado por toda la zona multitud de urbanizaciones.

Hoy y ayer se confunden y superponen; entre ambos, la Villa de Agaete crece conservando todo su encanto. La foto antigua es de los años veinte.





¡Quién diría que se trata de nuestra Playa de Las Alcaravaneras! Las diferencias entre el ayer y el hoy son notorias en todos los órdenes. El primer plano del ayer lo ocupan unos pescadores que sacan sus redes del mar; era una estampa que podíamos ver desde la guagua, cuando circulábamos por la zona. Encorvados, algunos de los que están en la faena observan curiosos al fotógrafo, preguntándose quizás qué llamaría la atención de su trabajo para ser merecedores de una placa. Al fondo vemos la ciudad; una estrecha franja de bajos edificios que dan la espalda al mar y que han ido surgiendo a ambos lados de la carretera que une Las Palmas con el Puerto. Aún no ha hecho su aparición la

Avenida Marítima, ni los altos edificios que, ahora sí, tienen grandes ventanales hacia el Océano. Las montañas aún no se ven muy pobladas y se perciben como excelentes atalayas para contemplar el bello espectáculo de la creciente ciudad y su mar. El muelle deportivo tampoco aparece en la toma correspondiente al ayer. Todavía han de pasar algunos años para que esta imagen, ya casi olvidada, salte en pedazos por la presión del entorno emergente. Comparemos ambas tomas, ayer y hoy; buena reflexión sería pensar en otra del mañana. La foto antigua corresponde a los años cincuenta.



Deposito legal: G.C. 2019/4. Todos los derechos reservados. Fotocomposición: Fotomercaderías Canaria. Impresión: Litografía González.



Cuando desde Guanarame enfilábamos la carretera del Norte, rumbo a Guía, Gáldar, Agaete... nos encontrábamos con una estampa que llamaba poderosamente la atención.

Cerca de la vía, a la orilla del mar, cercana a una pequeña playa de *callaos*, se levantaba un imponente roque, aislado de tierra por la fuerza erosiva del mar. En lo alto, cubriendo toda su superficie útil, se encontraba una construcción vallada con alegres colores. Se conectaba con tierra a través de un pequeño puente. Dos salvavidas hacían como de ojos vigilantes para evitar cualquier peligro proveniente de la tierra.

De nada sirvieron. El peligro era real y las necesidades de comunicación, cada vez más imperiosas ante el creciente número de vehículos que accedían

y salían de la ciudad por esta zona, terminaron por engullir el conjunto peña-playa.

La imaginación infantil desplegaba todas sus posibilidades ante la peña de La Gaviota, convirtiendo la casita de la cima en un auténtico castillo medieval, inaccesible desde el mar y desde tierra, de la que se podía incomunicar haciendo levadizo el puente.

Gracias a su estratégica posición, los héroes eran aquí invulnerables, gozando de su eterna posesión.

Hoy ya no existe. Los niños no pueden soñar con ella. Adiós, peña de La Gaviota; adiós fortaleza invencible de imaginación joven. Adiós. La foto antigua corresponde a los años sesenta.





Para obtener la foto del ayer, nuestro fotógrafo tuvo que madrugar. Ir hasta Maspalomas era una excursión que había que pensarse dos veces, pues se trataba de un trayecto largo, los coches no podían correr mucho, y el calor era fuerte. De todas formas, mereció la pena el viaje. Tras estudiar detenidamente el mejor encuadre, buscó lo que le pareció más llamativo y atrayente.

No le sedujo el oasis y la charca; eran algo ordinario que siempre estuvo allí y que siempre allí estaría, con su exuberante vegetación natural y espontánea y la abundancia de aves cuyos nombres y especies desconocía.

Mucha gente había pensado como él pasar un día en la lejana playa; por eso estaba bastante llena. Quien quería protegerse del sol, tenía que llevarse su toldo o su caseta, pues aún no se había inventado la figura de los *hamaqueros*.

El acento que se escuchaba no resultaba extraño; pocas personas venían de fuera y, si llegaban a nuestra isla, se quedaban en Las Canteras.

Si era importante para el fotógrafo y objetivos el faro; comenzado en 1866 según el proyecto del ingeniero Juan León y Castillo, comenzó a emitir sus señales en 1890, visibles desde lejos gracias a sus 56 metros de altura. El hoy que nos muestra Paco Socorro es bien diferente; no en lo que respecta al faro, sino en su entorno. ¿Qué ha sido del oasis? ¿Qué de la charca? ¿Qué ha pasado con la soledad de este paisaje sureño y su tranquilidad sólo perturbada por el viento arrastrando la fina arena de las dunas? Esperemos que nuestros descendientes no tengan que hacerse parecidas preguntas comparando la foto que hoy nos ofrece Paco Socorro con la que ellos vean en otro coleccionable de su periódico dentro de 50 años. La foto antigua corresponde a la década de los cincuenta.





Pocos sitios de nuestra ciudad son tan conocidos como el Estadio Insular. Es punto de referencia para cualquiera: *si usted quiere ir a esa calle, llegue hasta el Estadio...*; no tiene pérdida. Si la Plaza de Santa Ana ha vibrado en momentos de exaltación patriótica, o el Parque de Santa Catalina con las alegres *movidas* del Carnaval, en lo deportivo pocos centros pueden competir con nuestro Estadio cuando en tardes gloriosas de la Unión Deportiva Las Palmas era un hervidero humano que aplaudía la acción defensiva de Tonono, un ataque de Guedes o exigía con un *Niiiiiiiiz* prolongado que este jugador sacara un fuera de la banda. Los domingos que había partido, la ciudad quedaba vacía; prácticamente todos los coches se encontraban aparcados y arracimados en segunda, tercera y quinta *fila* en las inmediaciones del Estadio, ante la mirada indulgente de los guardias que ayudaban en las tareas de dejar el coche,

mientras que sus oídos estaban atentos a las exclamaciones, gritos, broncas y silbidos que provenían del Estadio. Y si alguien no podía acudir al encuentro, no hacía falta la radio. Por la silenciosa ciudad corría como un reguero, penetrando calles y casas, un grito prolongado: *goooooooooool*, contando estas exclamaciones explosivas, se contabilizaba la marcha del partido. Luego, al final, si la victoria quedaba en casa, los voladores se encargaban de avisar a los cuatro vientos el triunfo casero, mientras que un gentío enorme hacía caminando el retorno a casa, comentando las incidencias y viendo pasar las guaguas hasta los topes repletas de aficionados gozosos. Hoy, en un entorno diferente, modificado por las nuevas obras urbanas, el Estadio aguarda mejores tiempos de nuestro equipo para gozar de su pretérito esplendor. La foto antigua fue tomada en los años cincuenta.





116 Las Palmas- Gran Canaria.. San Mateo

Para llegar a la primitiva Tinamar de los aborígenes, nuestro fotógrafo del ayer pudo venir perfectamente por carretera, atravesando Tafira, Santa Brígida y El Madroñal, en un recorrido francamente hermoso, lleno de verdor y frescura. Esta carretera llegó hasta San Mateo en 1877, ejecutada cuando nuestra ciudad capitalina comenzó a comunicarse con las localidades del interior de la isla.

La foto que obtuvo nos muestra el casco de la llamada Vega de Arriba, lugar que se desgajó del municipio de Santa Brígida en 1801, tras conseguir que su iglesia, dedicada al protector de los campos contra las sequías y plagas de langosta, San Mateo, fuera erigida en parroquia. Es la imagen de un pueblo extendido partiendo de un núcleo cercano a la iglesia. La foto del hoy nos muestra el mismo lugar, pero ocupando mayor superficie. San Mateo es zona que ha crecido y prosperado en los últimos años. Entre las nuevas construcciones destacan los conjuntos de edificios y, sobre todo, el *mercadillo*, tan con-

currido los fines de semana por gentes de la isla que gustan del agradable paseo recompenzado con una buena adquisición de productos frescos del campo; con anterioridad, en sus inicios, estuvo el mercadillo situado a la salida del pueblo, en unas dependencias que pronto se quedaron cortas para el número de visitantes. El desarrollo de la localidad ha requerido de una vía de circunvalación, que aleje del centro del casco el abundante tráfico; pero es recomendable pasear a pie aquellas calles que recorrimos de niño, de mano de nuestros padres, en busca de quien nos hiciera un buen par de botas que durasen, o para comprar queso tierno, o, simplemente para beber un tazón de leche de vaca recién ordeñada, espolvoreada con gofio de inolvidable olor. Dos fotos que nos muestran muy claramente las diferencias entre el ayer y el hoy de la bella Tinamar. La foto antigua corresponde a los años cuarenta.



Depositado según G.C. 30/1984. Todos los derechos reservados.
 Fotocompositores: Fotomecánica Canaria. Impresión: Litografía González.



La primera impresión que nos produce la foto del ayer que hoy ofrecemos es la de diaphanidad. La calle León y Castillo aparece casi transparente; pocas cosas que se interponen entre el objetivo de la cámara y el fondo de la imagen. En primer lugar, la luz entra a raudales; los edificios que flanquean la vía no son excesivamente altos; más bien son casas terreras y algunas con sólo dos plantas. En segundo lugar, los vehículos. No son muchos los que figuran en la escena: las guaguas, en su eterno recorrido, algún coche particular... Poco más. Finalmente, las personas. Algunas ocupan sus asientos en la guagua, otras circulan por una acera libre. Algunos hombres todavía lucen el sombrero, prenda que ya comienza a no ser obligatoria. Son muy hermosas las farolas, con sus artísticos remates; la luz que difundían

por las noches no era mucha, pero su vistosidad durante el día es bien patente. Los estilos arquitectónicos que se divisan señalan el estilo constructivo de esta vía de siempre tan necesaria para unir la ciudad con el Puerto de La Luz.

La foto que vemos hoy es bien distinta. La sensación de agobio casi se palpa. Los altos edificios a ambos lados, el denso tráfico, el poco espacio para poder caminar son característicos de esta calle, tan propicia ayer para un paseo al atardecer. El ir caminando desde el Parque San Telmo hasta la Plaza de la Feria es hoy una aventura no exenta de riesgos. Quizás la comparación entre ambas imágenes deba movernos a la reflexión. La foto antigua es de los años treinta.



Depósito legal: G.C. 59/1994. Todos los derechos reservados.
Fotocomposición: Fotomedios Círculo. Impresión: Litografía Comelino.



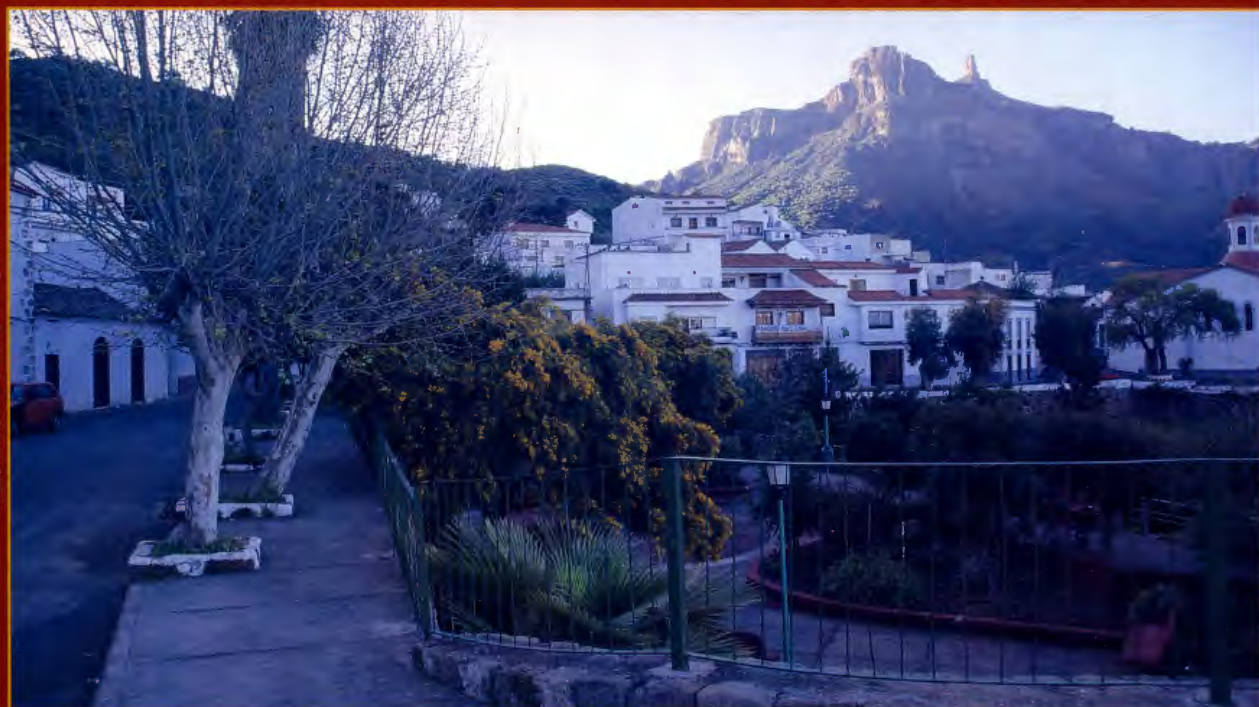
119 Las Palmas - Gran Canaria Vista al pié del Roque Nublo

Contemplando la foto del ayer, tenemos que admirar el arte del fotógrafo que la tomó; mientras la estudiamos, nos parece oír el pausado golpear de las herraduras en el suelo, las palabras que dirige a su cabalgadura el campesino y el susurro del viento pasando entre las hojas que aparecen en el primer término. El olor a campo que todos recordamos de nuestra infancia, parece emanar del idílico cuadro y la luminosidad límpida de nuestras cumbres brilla radiante, llenando de contrastadas luces y sombras el paisaje. Al fondo destaca altivo el Roque Nublo, dominando toda la escena, como perenne guardián de las cumbres grancanarias, mientras que las típicas edificaciones de la tierra aparecen llenando de vida el conjunto. La foto que nos ofrece Paco Socorro mantiene los cautivadores

encantos que la de su predecesor; los cambios entre una y otra son fácilmente apreciables; como fácilmente apreciables son los aspectos invariables. Entre ellos, naturalmente, nuestro Nublo, que permanece en su puesto cumbreño atento a cuanto acontece a sus pies.

Las calles del pueblo se llenan de voces infantiles, esperanza de futuro de cualquier comunidad, especialmente en ésta cuya demografía tanto había decrecido, mientras que nuevas edificaciones se levantan lentamente con el paso de los años.

Y mañana el Roque Nublo mantendrá su vigilancia para que podamos sentirnos orgullosos como siempre de tener en la isla lugares tan bellos como éste. La foto antigua corresponde a los años cuarenta.



Depositado legal: O.C. 59/1984. Todos los derechos reservados.
Fotocomposición: Fotomecánicas Canarias. Impresión: Litografía González.



Las fotos que venimos ofreciendo forman parte del ayer de nuestra ciudad; bien en sí misma, bien en su relación con distintas localidades del interior de la isla. Constituyen una alerta de nuestra memoria que revive con la imagen lugares que recorrimos años atrás y que identificamos, asociándolos con vivencias personales. Y si hay un lugar que reúna estas características para algunos de nosotros de forma más expresiva, sin lugar a dudas ese es el Instituto; da igual donde estuviera ubicado: en el antiguo hospital militar, en el primitivo colegio de los jesuitas, en la calle Canalejas o en el Pasco Tomás Morales; poco importan las paredes, es el centro de estudios el que nos aviva los recuerdos, el Instituto. Hoy ofrecemos el Pérez Galdós, ocupando el primer plano de la imagen, al pie del Paseo de Chil, rodeado de una ciudad en expansión para la que prepara a

sus futuros dirigentes. ¡Cuántas veces hemos recorrido esos patios! ¡La de compañeros y compañeras que compartieron con nosotros las diversiones de los recreos y los últimos minutos antes del examen! Y los nombres de tantos profesores y profesoras del centro. La foto del hoy que nos ofrece Paco Socorro, que tanto sabe de la docencia en un instituto, deja a la vista el crecimiento experimentado por esta zona estudiantil de nuestra ciudad. En ella se forma la juventud que mañana registrará sus destinos; y que, probablemente, al revolver algún día entre los papeles viejos de sus padres, encuentre esta foto que hoy ofrecemos y a su mente acudan en tropel los recuerdos de lo que en la actualidad es su presente. La foto antigua corresponde a la década de los sesenta.



Depósito legal: B-5341/1982. Todos los derechos reservados.
 Fotocopiar y reproducir es estrictamente prohibido.

©Del documento, es autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria. 2023



Hermosa es la panorámica que nos ofrece nuestro fotógrafo del ayer de la primitiva Sataute, nombre relacionado con las palmeras canarias, tan abundantes en la localidad.

Destacan sobre todo las construcciones típicas de nuestra arquitectura rural, que dan un encanto especial al conjunto. No son muchas las casas, pero sí las suficientes para hablarnos de la importancia de esta localidad, centro de un término cuyos límites municipales incluían San Mateo. Por lo que vemos en la foto, comprendemos el cuidado exquisito que puso nuestro fotógrafo en escoger el encuadre acertado a fin de transmitirnos los sentimientos que le embargaban ante la contemplación de tan bello espectáculo.

Distinguimos la iglesia parroquial, encaramándose sobre las casas colindantes; siendo construcción de este siglo, conserva su torre, superviviente del incendio que arrasó el anterior templo en 1897.

En la foto de Paco Socorro también ha aumentado el número de casas; no son sino una pequeña muestra del importante crecimiento del Lugar de la Vega, como se le llamaba, en este siglo. Junto al casco antiguo de Santa Brígida se han levantado urbanizaciones en las que habita un elevado número de personas que buscan la limpieza de sus aires, las excelencias de su clima y la belleza de sus paisajes, junto a su cercanía a la capital. Tesoros que debemos cuidar si queremos que nuestros hijos puedan disfrutarlos. Como es su derecho.





Uno de los rincones más concurridos de la ciudad ha sido siempre éste que nos ofrecen nuestros fotógrafos, el del ayer y el del hoy. Además del Puente de Verdugo, que a todos admiraba por la belleza de sus líneas, los barrios de Vegueta y Triana se unían por el llamado Puente de López Botas o de Palastro, más conocido por el Puente de Palo. La cercana plaza del mercado era punto de encuentro de amas de casa que acudían, como hoy, a la compra diaria. Las guaguas arrancaban camino del Puerto desde el flanco derecho del Guiniguada, pasaban sobre nuestro puente y enfilaban Triana adelante. A ambos lados del puente se hallaban unos bazares, de atiborrados escaparates donde se amontonaban los más dispares objetos, acompañados indefectiblemente de sus precios en caracteres bien destacados para hacer notar las excelencias de la oferta. Ante ellos se agolpaban

curiosos, tanto niños como adultos, pues para todos había algo atractivo. Y allí se encontraba también el inolvidable Bar Polo, punto frecuentado por personajes entrañables de nuestra ciudad: Víctor Doreste, Cirilo Suárez, Juan Sosa, Federico Sarmiento, Juan Ismael,... Cuando las aguas bajaban tumultuosas por el barranco, no era raro que alcanzaran los bajos de los locales, que se inundaban; luego, los bomberos acudían a limpiar con más agua el barro acumulado en la calle. El modesto Puente de Palo también ha desaparecido, engullido por la carretera del Centro; carecía él de estatuas que recordaran su presencia, como ocurre con el de Verdugo. Hoy los coches atraviesan la zona sin acordarse de él. Sólo pervive en la memoria de cuantos disfrutamos de su vitalidad bulliciosa.



Depósito legal: G.C. 56/1984. Todos los derechos reservados.
 Fotocompositores: Fotomecánica Canaria. Impresión: Litografía González.

©Dei documento, es autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria. 2023



La foto del ayer que hoy ofrecemos, correspondiente a Valleseco, es como un cuadro. El fotógrafo muestra su alma de artista, enamorado de la belleza del paisaje, y encuadra perfectamente la imagen.

Unas pocas viviendas, construcciones del más puro sabor isleño, van marcando el recorrido hacia el núcleo principal de este municipio, el más joven de la isla, pues sólo data de los años 40 del pasado siglo. Hasta ese entonces únicamente era un importante pago de Teror.

Ese núcleo se va desarrollando en torno a la iglesia, dedicada a San Vicente Ferrer, elevada a rango parroquial poco después de alcanzar la municipalidad, en 1846.

La construcción del templo se realizó, igualmente, en el siglo XIX, pero

ya a finales, y vino a sustituir a otro más humilde que se encontraba aquí desde muchos años antes.

También en la foto, es la iglesia, al fondo, la que ocupa el centro de la imagen; incluso el propio terreno parece plegarse para converger en ese punto blanco, resguardado por las montañas.

En la foto del hoy, Valleseco mantiene toda su belleza llena de verdor. Como en tantos otros puntos de nuestra geografía, las edificaciones se han multiplicado, pero prudentemente. Mañana, quizás, otra cámara capte una nueva visión de la localidad y ojalá todos puedan disfrutar de su contemplación, como lo hacemos nosotros con las que hoy ofrecemos. La foto antigua corresponde a los años treinta.





Nuestro fotógrafo del ayer ha emprendido el vuelo para ofrecernos una impresionante vista global del núcleo originario de nuestra ciudad, obtenida desde el aire. Muchos de los aspectos generales que contemplamos ya los hemos comentado en tomas más cercanas; tenemos ahora la oportunidad de ver en su conjunto cuánto ha cambiado su fisonomía este rincón tan entrañable. El barranco corta con limpieza de bisturí los dos barrios primeros: Vegueta y Triana; su cauce aún no ha sido cubierto y la comunicación entre ambos núcleos se hace a través de los puentes: el de Palo, en primer término, y el de Piedra, o Verdugo, más al fondo. El centro de la imagen lo ocupa, como le corresponde por derecho propio, la Catedral de Canarias que, desde esta perspectiva, nos muestra toda su

grandiosidad. En torno a ella se ha ido desarrollando la ciudad, cuyas calles nos enseñan su trazado serpenteando entre edificios que aún hoy reconocemos. Los riscos se ven poblados, quizás no en demasía, observándose aún espacios sin edificar. La toma del hoy es bien diferente en muchos aspectos. La invocación del progreso ha borrado irreversiblemente muchos rincones gratamente recordados; otros permanecen con modificaciones, no tan importantes como para hacerlos irreconocibles. Es cierto que los árboles no dejan ver el bosque; también que los edificios, con frecuencia, no nos permiten ver la ciudad. Cuando lo logramos en una ocasión como ésta, se impone la comparación; luego la reflexión; finalmente, el actuar. La foto antigua es de la década de los cincuenta.



Derechos Reservados. G.C. 2019/1984. Todos los derechos reservados.
Fotocomposición: Fotocomedines Canaria. Impresión: Litografía Gomaraiz.



La foto que hoy nos ofrece nuestro fotógrafo del ayer parece tomada de un nacimiento. Para obtenerla, tuvo que asomarse a la torre de San Juan; probablemente, ya conocía o intuía la belleza de lo que sus ojos iban a ver y su cámara a perpetuar.

Sobre un fondo montañoso, el cielo. Delante, como en un paréntesis del tiempo, el barrio de San Francisco, como un tesoro que se ha conservado a través de los siglos y del que hoy podemos disfrutar.

Las palmeras, al igual que en otros muchos puntos de nuestra geografía, hacen honor a su título de planta representativa del archipiélago, elevándose airosas hacia las alturas.

En primer término, tres hermosos edificios, muestras de nuestro peculiar

estilo constructivo. La calle a la que se asoman aparece casi desierta, sólo transitada por un jinete en su montura. En el silencio de la estampa, parecen resonar las patas herradas, en un rítmico y acompasado caminar. La foto del hoy que nos trae Paco Socorro conserva en muchos puntos el encanto que nos transmitió su predecesor. Aparecen algunos edificios más que en el ayer y, sobre todo, un tráfico bastante más abundante; el ritmo cadencioso del tiempo se ha visto roto por la trepidante circulación que inunda estas calles y rincones que ya usaran nuestros mayores. Y al fondo, perenne para nuestro orgullo, satisfacción y disfrute, el recoleto barrio de San Francisco. La foto antigua fue tomada a finales de los años treinta.



Deposito Reg. C. C. 290187. Tomada por el autor. Fotografía: Eolo Baena. Fotografía: Eolo Baena. Fotografía: Eolo Baena.



La comparación entre la foto del ayer y la del hoy es muy elocuente, poniendo de manifiesto los grandes cambios experimentados en esta zona de nuestra ciudad.

En el ayer, el primer plano viene dominado por los rellenos que se hicieron; aún no hay calles ni edificios; sólo tierra. La edificación que aparece en primera línea es la Comandancia de Marina, que muestra su noble estampa.

Enfrente de ella, la Plaza de La Feria, con el verde de sus plantas y la amplitud de su espacio abierto, un auténtico oasis en la opresión urbana del entorno. Finalmente, el Gobierno Civil, otro de los edificios destacados de la ciudad, de noble porte y sólida construcción. Las calles aparecen

ya con bastantes coches y alguna guagua, en su eterno ir y venir del Puerto a Las Palmas. Los edificios ganan altura y se alcanzan sobre los cimientos de más modestas construcciones, que han cedido su plaza a las exigencias de una creciente población. También ha desaparecido el pilar de Venegas, que se hallaba en la confluencia de la calle de este nombre con la de León y Castillo. El hoy no es sino una continuación del ayer, pues la primera toma no responde a una situación estática, varada en la quietud del recuerdo, sino a una actividad enfebrecida que ha hecho surgir casi de la nada todo lo que contemplamos en la imagen del hoy: un cambio acelerado en una ciudad que necesita mayor espacio. La foto antigua corresponde a los años sesenta.





Nuestro fotógrafo del ayer tuvo que hacer en esta ocasión un largo, larguísimo recorrido para llegar desde nuestra ciudad a uno de los puntos más remotos de la isla: la Aldea de San Nicolás de Tolentino. El viaje debió resultarle penoso; muestra de las dificultades que entrañaba es que la comunicación terrestre no se logró hasta la presente centuria; con anterioridad, se accedía a este lugar por el mar, no siempre calmo, que incrementaba más su incomunicación. Pero las circunstancias merecían la pena; la Aldea estaba en fiestas y era importante perpetuar las escenas que allí se vivían. Y lo primero que nos muestra es una procesión a la que acude gran parte del pueblo, especialmente niños y mujeres. En primer término avanza la cruz parroquial, portada por monaguillos; las sotanas que éstos llevaban solían quedarles bastante cortas; no era éste un hecho aislado, sino generalizado, no sabemos por qué. Para evitar problemas de, desconocemos de qué índole, un policía municipal atiende el recorrido. Junto al estandarte, vislumbramos nuevos trajes talarés, con roquete o sobrepelliz y, tras ellos, las andas con las imágenes del Corazón de Jesús y la Virgen del Carmen. Abundancia de mantillas canarias, luminosamente blancas, cubriendo las cabezas de las mujeres que acompañan a las imágenes en su recorrido. Los hombres, como era lógico, se destacaban al paso de la procesión. Las casas se alinean al borde de la calle, luciendo alguna la característica balconada; y, sobresaliendo, un molino de viento, figura peculiar en la localidad. La imagen del hoy mantiene parte del encanto de la toma del ayer. Algunos edificios aún se mantienen, mientras que otros han desaparecido, sustituidos por otros nuevos. Hoy la Aldea está más cerca; pero imágenes como las que ofrecemos están cada vez más lejanas. Es el tributo al paso del tiempo. La foto antigua corresponde a la década de los treinta.

Nº 59





Para la foto del ayer, nuestro fotógrafo se fue a lo que llamamos la *Ciudad Alta*, para contraponerla a la *Ciudad Baja*, a orillas del mar. Las nuevas urbanizaciones de Escaleritas y Schamann forman hoy un importante núcleo poblacional, en una zona que podemos considerar nueva en la historia de Las Palmas de Gran Canaria, si la comparamos con sus años de existencia. Nuestro fotógrafo se fue a la popular Plaza de Don Benito. En ella vemos aún una vegetación no desarrollada que nos habla de su no lejana plantación y descubrimos la iglesia parroquial que, en los días inmediatamente posteriores a su edificación llamó poderosamente la atención de los ciudadanos, que se debatían en dispares criterios ante un nuevo estilo para los templos, más acorde con los tiempos que

corrían. Los vehículos son escasos aún; las guaguas comienzan a acostumbrarse a nuevas rutas, ya alejadas de su lineal recorrido entre Las Palmas y el Puerto; tanta cuesta subiendo y bajando obliga a otros planteamientos ajenos al cómodo discurrir sin pronunciadas pendientes. La foto del hoy muestra dos aspectos que destacan sobre los demás; de una parte, la vegetación que ha crecido, alegrando con su verdor la plaza de la iglesia; de otra, y como contrapunto, el incremento aparatoso en el número de edificios que se levantan, acusando la zona un elevado índice de densidad poblacional. Dos momentos de un mismo lugar; entre ambos, unos pocos años y un crecimiento que nos debe inducir a la reflexión. La foto antigua es de comienzos de los sesenta.



Depósito legal: G.C. 40/1984. Todos los derechos reservados.
 Fotocomputación: Fotocomputación Canaria, Impresión: Litografía Canaria.



Nuestro fotógrafo es, en esta ocasión, más del antes de ayer que del ayer y nos muestra una singular estampa: la presencia de un templo próximo a desaparecer y la de otro nuevo que surge a su lado, inacabado todavía. Se trata del templo parroquial de San Sebastián, en la villa sureña de Agüimes.

El fotógrafo se siente observado. Prácticamente todos los personajes que aparecen en su instantánea miran para él, atentos a sus tejamanes con la cámara. Ello nos permite analizar la indumentaria que llevan, generalmente con la cabeza cubierta.

La foto del hoy, aún conservando el sabor y encanto que rodea a la antigua cámara obispal, muestra sensibles diferencias con el ayer.

El templo mayor está terminado, mientras que ha desaparecido el más modesto. En su conjunto y dentro de las líneas austeras del estilo, la obra es sencillamente monumental y sorprende por su pureza estilística, por su excelsa magnitud y por su empaque solemne. Es uno de los templos mejor logrados del neoclasicismo canario. Su construcción duró 144 años. Los edificios del entorno han variado en algunas ocasiones. Y no digamos la propia villa, que ha crecido y se ha desarrollado en los años que median entre ambas fotos.

Cuando nuestro fotógrafo del ayer regresó a la ciudad, pensaba cómo sería el templo una vez finalizado. Nosotros lo sabemos hoy. Y disfrutamos de su contemplación. La foto antigua es de la primera década del siglo.



Deposito legal: O.C. 591/1984. Todos los derechos reservados.
Fotocomputación, Fotomediación, Cámara, Impresión, Logística, Gestión.

©Dei documento, es autores. Digitalización realizada por UJFCC, Biblioteca Universitaria, 2023



La foto que hoy ofrecemos del ayer es muy luminosa, como corresponde a la orilla del mar en un día radiante. En primer término aparece un guardia municipal, que así se llamaban antes de ser policía local. Luce el uniforme de verano y su peculiar gorra, una especie de salacot, con que los distinguíamos en nuestros años mozos. Llegado el invierno, el uniforme incorporaba una chaqueta blanca con cinturón, pero el sombrero permanecía inalterable. La figura del guardia municipal fue siempre entrañable; aportaba seguridad a todos y contrariedad a los niños, a quienes se tenía prohibido jugar a la pelota en la calle, o a aquel juego consistente en intentar meter una chapa de botella en la boca de alcantarilla que cubría al otro lado de la calle; no digamos los pañes y otros artefactos ruidosos si se utilizaban en zonas no permitidas. La presencia del guardia hacía desaparecer objetos y personajillos, que acechaban su retirada para

volver a las andadas. También en el ayer distinguimos el edificio del Teatro Hermanos Millares, fundamentalmente un cine; en ausencia de aire acondicionado, varios ventiladores se encargaban de refrescar los acalorados ánimos de la chiquillería que aplaudía a sus héroes; los mayores aguardaban pacientemente en la calle a que acabara la función infantil (algunos la llamaban *matiné*, aunque fuera por la tarde); quizás su entrada llevaba ese día *emblemata*, un escudito de cartón de obligada adquisición al módico precio de tres perras, para atender a necesidades sociales. Este cine también fue escenario de amenazados asaltos, como se denominaba a veces entonces a los bailes.

El hoy es igualmente luminoso. Pero estos recuerdos del ayer han sido barridos; otros nuevos se están plantando ahora para que mañana podamos rememorarlos. La foto antigua corresponde a la década de los sesenta.





106 Las Palmas Gran Canaria La Atalaya

Cuando nuestro fotógrafo del ayer se planteó visitar La Atalaya, probablemente no le movió sólo la atractiva belleza del lugar, sino las peculiaridades de la vida en la zona.

Uno de los puntos de la isla donde mejor se ha conservado las costumbres del ayer es sin duda La Atalaya. Centro alfarero donde los haya, se elaboraba aquí gran parte de la loza utilizada en la isla. Las mujeres de la localidad se encargaban de fabricar bernegales, jarras, tostadores, lebrillos, sabumadores, etc. Las técnicas empleadas, totalmente artesanales, eran muy rudimentarias, transmitidas de padres a hijos. Con muchas viviendas excavadas en la roca, La Atalaya guarda el recuerdo de queridos personajes: Panchito (Francisco Rodríguez Santana), Antoñita la Rubia (Antonia

Ramos Santana), entrañables alfareros que han alcanzado hasta nuestros días un arte que nuestro fotógrafo del ayer pudo conocer directamente. En la foto de Paco Socorro notamos cómo las viviendas se han multiplicado; el cálido y fresco abrigo de la roca, ha dado paso a construcciones recientes que se van adaptando a la pendiente del terreno.

Quizás en algunas de ellas aún podemos hallar las pilas para destilar el agua; bajo la piedra, cubierta de verde culantrillo, se encontrará una talla rojiza que guarda en su interior, junto a una tradición de años, el frescor transparente de un agua limpia. Es una talla salida de los alfares locales, de los más afamados de la isla, los de La Atalaya. La foto antigua corresponde a los años treinta.



Deposito legal: C.C. 2611/87. Toda la derechos reservados. Fotocopia prohibida. C. 1994. 1994. 1994. 1994. 1994. 1994.



Las páginas de CANARIAS7 nos pusieron sobreaviso del próximo centenario del edificio del Gobierno Militar, mediante un extenso y documentado artículo de Fernando Paetow. Justo es que este coleccionable, dedicado al ayer y hoy de nuestra tierra, se haga eco de la efeméride. Las diferencias entre la foto más antigua y la actual son irrelevantes por lo que respecta al edificio en sí. Es una noble construcción, comenzada en 1891 con planos del coronel de Ingenieros José de Lezcano y Acosta, actuando como contratista Domingo Valido Barrera. Finalizadas las obras tres años más tarde, se inauguró el 3 de julio de 1894. Sin embargo, este centenario edificio ha sido testigo de los cambios operados en su entorno. Ha visto cómo el Parque de San Telmo ha ido modificando

su apariencia; cómo el mar se alejaba cada vez más por las obras de relleno para la construcción de la Avenida Marítima; ha contemplado edificios que han aparecido, desaparecido y vuelto a aparecer con nuevas estructuras en las calles Buenos Aires, Eduardo y Bravo Murillo; ha pasado del edificio encanto del silencio únicamente roto por los cascos de cabalgaduras, al estruendo de los primeros coches que circularon delante de él y a la aglomeración actual de vehículos que se amontonan ante el semáforo, a la espera de poder descender hacia la calle Francisco Gourié. En fin: todo un siglo de nuestra ciudad rodeando este bello edificio, que podemos captar en dos momentos de su vida: el ayer y el hoy. La foto antigua es de los años treinta.





Las diferencias entre la foto del ayer y la del hoy, teniendo como centro este bello rincón del noroeste grancanario son tan notorias que apenas merecen comentario.

En la primera podemos contemplar unas pocas edificaciones junto al arranque del muelle; algunas palmeras surgen de la tierra y se lanzan a lo alto para cuidar con mimo la ermita de Nuestra Señora de las Nieves, una bella muestra de la arquitectura isleña del siglo XVI, declarada Monumento Histórico-Artístico. Una playa, la carretera que une el puertito con la villa de Agaete y poco más es lo que podemos observar, adivinando un aire de paz, tranquilidad y serenidad.

La foto que nos ofrece Paco Socorro es muy otra. Todo el conjunto ha

crecido de manera asombrosa; el turismo no quiere perderse una visita a tan típico lugar, donde junto a la belleza de unas vistas incomparables, puede disfrutar de una comida típica a base de productos frescos del mar y fruta tropical cultivada en la zona y alimentar su espíritu contemplando la hermosa tabla flamenca, traída por Antón Cerezo en los albores del siglo XVI, original de Joos Van Cleve, guardada en la ermita.

Los grancanarios también han elegido en gran número el Puerto de las Nieves como lugar de descanso y vemos cómo los apartamentos se han multiplicado para dar satisfacción a una creciente demanda.

Ciertamente, el Puerto de las Nieves es una joya de la isla y, como tal, hemos de cuidarla.



Depositado según D.L. 36/1974. Todos los derechos reservados.
 Fotocompositores: Fotocompositores Cervera, Imprenta y Litografía González.

©Dei documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria. 2023



La Isleta. Gran Canaria.

foto Baena.

Prohibida Reproducción. Nº 32.

Para los más jóvenes, la visión de la foto que hoy ofrecemos del ayer puede parecerles una broma o un truco: ¡La imagen de un paisaje desértico en la ciudad! Pues, aunque parezca mentira, es auténtica.

Las arenas, los arenales, eran los nombres con que se conocía esta amplia zona de nuestra capital. Las dunas estaban allí mismo, modelando su superficie con la ayuda del viento.

De las arenas disfrutaban sobre todo los niños. No había problemas para jugar en ellas, que se convertían en fértil fuente para la imaginación infantil que corría aquí sus más fantásticas aventuras; o eran usadas como campo de batalla en enfrentamientos entre grupos de niños de diferentes barrios. También el misterio rodeaba estos lugares, corriendo historias del *hombre*

del saco, secuestrador de pequeños desobedientes que desaparecían en su bolsa sin fondo. O de increíbles hallazgos de los más insólitos objetos. Todo tenía cabida en los arenales.

Pero incluso los mayores eran visitantes del lugar, especialmente en tardes de fútbol; la fina arena era el más cómodo asiento desde el que contemplar un buen partido al mejor precio.

Cuando vemos la foto del hoy casi no reconocemos las coincidencias; son ya muy escasas. El progreso de nuestra ciudad ha reclamado su derecho de ocupación y el viento de los años ha barrido hasta la última duna; pero no ha podido con nuestro recuerdo.



Diseño legal: G.C. 3/1994. Todos los derechos reservados.
Fotocomposición: Fotomecánica Canaria. Impresión: Litografía González.



La visión de la foto del ayer nos hace comprender por qué este lugar era uno de los preferidos por los visitantes de la isla para pasar vacaciones. Desde los hoteles de la zona se podían contemplar paisajes tan bellos como el que recogió en su instantánea nuestro fotógrafo viajero. Si bien los edificios no son muchos aún, sí se observan algunos sobresalientes que llaman la atención por su tamaño y construcción. Hay una amplia superficie de picón, tan abundante en la zona y portador de hondas esencias que trasladaban a las vides para producir unos vinos de mercedo renombre. La vegetación se extiende densa a la derecha de la imagen, bordeando los árboles la umbrosa carretera que conduce a Santa Brígida, San Mateo...

Y al fondo las cumbres de la isla mostrando esplendorosas sus siluetas. En la foto del hoy observamos cómo las zonas libres han reducido considerablemente su superficie, tragadas por un creciente número de edificios destinados a albergar a quienes buscan el descanso sin alejarse de la capital y la limpieza de un aire aún no enrarecido por el tráfico. El verdor todavía predomina en varios puntos embelleciendo la imagen e invitándonos a mantenerlo como un especial regalo de la naturaleza que tenemos obligación de salvar. Está en nuestras manos el que, pasados unos años, nuestros descendientes puedan disfrutar de los encantos del lugar, mientras paladean, sentados junto a una bodega, un vasito de buen vino del Monte.



Quedada, S.L. C.I.C. 2012. Foto: J. Sánchez Hernández. Fotografías y Fotos: J. C. Gómez. Impresión: Litografía González.



Vegueta. Sólo el nombre de la zona llena de punta a punta la idílica estampa que nuestro fotógrafo del ayer eligió: la plaza de Santo Domingo. Santo Domingo es punto de obligada visita en un recorrido por la parte antigua de la ciudad y lugar de encuentro en determinadas jornadas. Una de ellas es el día de San Blas, al que ya hemos aludido en otra ocasión. Madres acompañadas de sus hijos acuden a visitar al santo protector contra los males de garganta, anudando alrededor del cuello o prendiendo de la ropa de los niños el milagroso *hilito* o *linito* de San Blas.

Pero cuando Santo Domingo se viste de gala es en la Semana Santa, cuando los tronos con bellas y devotísimas tallas veneradas en la iglesia

parroquial, abandonan el templo para recorrer las calles rompiendo el silencio sobrecogido de los que contemplan la *procesión*. Entonces el ayer se funde con el hoy y la tradición cobra vida, reafirmando a cada celebración.

La típica mantilla canaria aparece también en la foto del ayer, iluminándola con su alba presencia, perfectamente encajada en el entorno. La foto del hoy que nos presenta Paco Socorro muestra algunas diferencias; pero también el encanto conservado de este bello rincón que en el presente año, una vez más, se prepara para recibir la silenciosa multitud que aguarda la salida de los tronos.





La foto del ayer nos muestra uno de los edificios emblemáticos de nuestra ciudad: el Gabinete Literario. En primer término, un aspecto parcial de La Alameda, bien distinta ya a la que vimos hace unas fechas en este coleccionable e igualmente diferente a su apariencia actual, tras la última remodelación, que ofrecemos en el hoy. No hay muchos coches en la escena; pero los que hay pueden pasar aún por delante de la fachada principal, ya que la plazoleta de Cairasco se encontraba rodeada de vías aptas para la circulación. El edificio de esta más que centenaria institución es uno de los monumentos de la capital; con ser ello importante, el Gabinete lo es mucho más por lo que ha significado en la sociedad de Las Palmas de Gran Canaria, casi todos los acontecimientos importantes han tenido su

génesis entre sus paredes o han estado, de una u otra forma, vinculados con el Gabinete. Exposiciones, juegos florales, conferencias... La única caja de ahorros y socorros (monte de piedad) que funcionó en el siglo XIX tuvo su sede aquí, como también la tuvo la primera emisora de radio que emita desde la torre. Su terraza fue siempre frecuentada por lo más florido de nuestra sociedad; los patricios hablaban de política remándose al sol, mientras contemplaban el ir y venir de la ciudad entre Vegueta y Triana. El hoy nos ofrece la misma bella estampa del edificio; el entorno ha variado bastante; más tráfico, más gente; pero el espíritu del Gabinete Literario mora entre sus paredes, dispuesto a apoyar y defender, como siempre, cualquier bien para Las Palmas de Gran Canaria.





El objetivo de nuestro fotógrafo del ayer captó una imagen impresionante: tras un primer plano en el que destaca la iglesia, las cumbres grancanarias se muestran altivas y cercanas al cielo.

No es un paisaje lleno de verdor, sino la aspereza del terreno que antaño dominara el caudillo Texeda lo que llama la atención en la panorámica, como le aconteciera a Madoz: *Este distrito es todo muy quebrado y de difícil acceso, conteniendo abundantes plantíos de almendros que rinden al año ricas cosechas.*

En la estampa se vislumbran algunas construcciones características de nuestro espacio rural, que dan un pintoresco encanto al paisaje.

Las personas no se ven; pero se siente la actividad que siempre ha desarrollado este pueblo cumbre. La laboriosidad que requiere el campo, el dulzor logrado en el bienmesabe; las inquietudes del Club Juvenil Tejeda; la fiesta del almendro en flor; la distinción del almendro de oro,... Son la manifestación externa de un espíritu que bulle en el alma de los habitantes de esta localidad.

La foto del hoy recoge algunos cambios, sobre todo en construcciones. Pero al fondo sigue cortando el cielo nuestra cumbre, y las gentes del lugar continúan luchando por la vida y por conservar este hermoso pedazo de nuestra tierra grancanaria.





Nuestro fotógrafo viajero nos ha ofrecido distintos aspectos de la ciudad; alguno desde el aire; otros mirando hacia donde se nos termina la tierra. Ahora nos da la imagen que captó contemplando la capital desde el mar.

La estampa nos parece insólita. En primer plano, las aguas serenas de la bahía, sólo rotas por una *falda* que las atraviesa; luego nos parece que el mar se hubiera tragado una parte de la zona costera; no podemos apreciar la Avenida Marítima, sino una serie de edificios que hoy ocupan segunda línea y que no son visibles desde el mismo ángulo. No ha sido el Atlántico el causante de nuestra sorpresa; el transcurso de los años y la mano del hombre son los que han operado el cambio. Reconocemos algunos edificios singulares y vemos la orilla a la que es fácil acceder. En segundo término, unas lomas no muy altas, con escasas edificaciones en su cima. Y al fondo, las montañas más

elevadas. La foto de Paco Socorro es bien distinta. La luminosidad de nuestra ciudad que él trata siempre de reflejar es manifiesta, pero los cambios habidos entre una toma y otra son innumerables. Por la Avenida Marítima, ya estrecha para la densidad del tráfico que la recorre, circulan vehículos que han dado al traste con la tranquilidad que se respira en el ayer. Los nuevos edificios cercanos a la costa forman como una cortina que oculta el ayer, como impidiéndonos el recuerdo, mientras que las lomas se han ido poblando de recientes construcciones que ocupan los terrenos ayer vírgenes. Y la actividad no ha cesado; hemos incrementado la superficie de la ciudad en la Avenida Marítima; hemos elevado sobre cualquier centímetro edificios que nos alejan de la tierra; horadamos y deprimimos ahora nuestra capital en busca de nuevos espacios. ¿Podremos algún día disfrutarla con la tranquilidad que lo hacíamos ayer?





Nuestro fotógrafo del ayer ha querido regalarnos hoy una estampa de singular belleza; y lo ha logrado. La imagen que nos ofrece es de un encanto inigualable.

Las palabras se quedan pobres para describir lo que contemplamos. Las tejas, tan propias de nuestras construcciones rurales, se nos ofrecen en primer término, surgiendo rojas como tunos maduros de las tuneras que las rodean.

Un árbol revienta en flores como en una nevada particular, iluminando la vista con lo singular de su estampa; contrasta con las cúpulas verdes que se hunden en la foto.

Y sobre todo ellos, destacada y altiva, lanzada hacia las alturas, nuestra

palmera canaria, símbolo de la región, afirmando su derecho natural en estas tierras.

Más al fondo, escondido entre las montañas, el caserío, dando vida con su presencia al conjunto.

Y al final, el paisaje agreste de los montes, característico de esta zona de nuestra isla, dominando la foto.

Es grande la belleza de Gran Canaria, que encierra rincones como éste, que tan bien ha sabido captar nuestro fotógrafo del ayer.

Si comparamos ambas instantáneas, saltarán las diferencias; como también lo que hemos sabido conservar para el mañana. Como nos corresponde.



Depositario legal: G.C. 2091/1987. Todas las fotografías reservadas.
 Foto: Fotoprensa. Reproducción: Quirós, S. de I. y C. S. de Canarias.



Una vez más, el mar, omnipresente en la ciudad, aparece en esta foto del ayer. Nuestro fotógrafo ha buscado una nueva perspectiva desde la que ofreceremos la bahía, el Puerto y La Isleta.

La calle principal, en ausencia todavía de la Avenida Marítima, se encajonaba en esta zona hasta dar con el edificio de la Casa del Marino, donde tuvo sus estudios iniciales Televisión Española en Canarias. Fue época gloriosa aquélla, cuando las primeras emisiones. Lógicamente, no duraban todo el día, sino que comenzaban por la tarde en la única cadena existente; los programas venían *enlatados*, por lo que veníamos con una semana de retraso las series que emitían en la Península, dobladas en Sudamérica, con expresiones y giros que llamaban poderosamente la aten-

ción. En la foto del hoy vemos cómo han desaparecido edificios y otros han aparecido; tal y como ha ocurrido en toda la ciudad y hemos podido ir comprobando a lo largo de este coleccionable. Por la zona que vemos al fondo, desembarcaron los que vinieron a fundar el Real de Las Palmas, un modesto campamento que, a lo largo de los siglos, y con el esfuerzo de todos los que han habitado y habitamos este lugar, se ha convertido en la ciudad que hoy tenemos. Como sus defectos; y también con sus virtudes; a la que aceptamos como es y así la queremos; la que transmitiremos a nuestros hijos como precioso legado que han de guardar y amar porque encierra siglos de laboriosidad, de tenacidad y de trabajo de cuantos nos han precedido en esta tarea común: hacer nuestra ciudad.





«Triana en la década de los cuarenta»



La calle de Triana es un tema recurrente en nuestro coleccionable. Arteria principal de nuestra ciudad, merece los honores de ser contemplada desde distintas perspectivas y distantes ángulos. Sus cambiantes apariencia y presencia nos dan idea del desarrollo de la ciudad, siendo fiel reflejo de su evolución.

Muchos de los edificios que aparecen en la toma del nivel se encuentran aún en pie; su estilo inconfundible los dota de hermandad arquitectónica felizmente conservada.

Varios coches y alguna guagua. La calle es suficientemente ancha para poder circular en dos direcciones y estacionar sin problemas de ningún tipo. No existían los pasos de peatones, más bien lo contrario: los peatones podían cruzar por cualquier punto, teniendo siempre algo de cuidado; de todas formas, la densidad del tráfico no suponía especial peligro.

La guagua que va para el puerto no llevaba todavía los colores azul y amarillo que las distinguieron durante años. Es un modelo inolvidable, sin puertas; tenía entrada por atrás y alguna un par de asientos junto al conductor, al que severos avisos prohibían hablar. Cristal sólo en el parabrisas; en caso de lluvia, unas lonas enrolladas habitualmente hacia el techo, impedían la mojadura de los viajeros. Letreros varios, algunos pintorescos: *Se prohíbe fumar y escupir así como llevar bultos o mercancías que por su volumen o contenido pudieran molestar a los señores viajeros o también Caballeros mutilados*. El timbre de parada era manual una tira de cuero o similar, de la que colgaban los tiradores; la tarea no era fácil y si se repetía el aviso se lograba enfados del chófer, oficio que sólo le permitía *guiar* la guagua. Las tareas de cobrar eran del cobrador, equilibrista consumado que subía y bajaba, recorría el pasillo lleno y vigilaba que nadie escapase sin pagar, llevando una estricta cuenta en su cajita metálica con arduos cuadros. Y su voz estentórea; ¡Completo, Vámonos!



© de la colección. Impresión: Logografía Canaria. 2023. Biblioteca Universitaria.



La playa de Las Canteras merece que le dediquemos más de una ilustración. Cada rincón nos ofrece un momento diferente, una perspectiva nueva que aviva especiales instantes vividos ayer y repetidos, con variados matices, hoy.

En esta ocasión, son las personas que dan vida a ambas fotografías las que orientarán el comentario.

No parecen muy animados al baño los personajes de la retrospectiva. No había problemas en pasear vestidos por la arena, o tomar tranquilamente el fresco; luego sí los hubo, cuando impenitentes mirones sólo perseguían el recrear la vista ante tanta extranjera con más redu-

cidos modelos de bañador.

Gloriosa fue la época del obispo Pildain; los trajes de baño eran tales; en tiempos, hasta los hombres debieron llevar un peto y, luego, el famoso meyba, mientras que las mujeres, aparte de la faldita en el bañador, debían acercarse hasta la orilla con su albornoz.

Paco Socorro ha recreado la foto, con la colaboración de actuales jóvenes. Lo que nos permite ahorrar muchos comentarios sobre las diferentes costumbres del ayer y el hoy, en una de las formas de ocio tan propias de nuestra ciudad; el día de playa.



Ayer-HOY

Dicen que cualquier tiempo pasado fué mejor. Probablemente, quién lo afirmó, contemplaba su hoy con los ojos jóvenes del ayer, bañando su recuerdo con los optimistas coloridos que dan, si no los pocos, si los menos años.

Y del ayer y del hoy trata esta oferta. CANARIAS-7 ofrece a sus lectores un nuevo coleccionable: LAS PALMAS DE GRAN CANARIA AYER Y HOY. Preparado con la ilusión siempre renovada con la que trabajamos día a día, no pretendemos despertar nostalgias huecas y estériles, sino avivar un recuerdo siempre joven y cargado de cariño de plazas, calles y edificios que constituyeron los cuadros que jalonaron nuestra vida diaria.

La esquina donde ruborizados dijimos u oímos el primer piropo, la guagua que diariamente nos llevaba al instituto ó a la Escuela de Comercio, el oculto rincón donde fumar el primer cigarrillo, el recorrido del paseo con la novia... estampas que, a diferencia de nuestro anterior coleccionable CANARIAS EN EL RECUERDO, son retazos vivos de casi todos nosotros.

Y si una imagen vale más que mil palabras, mucho más han de valer las dos imágenes que componen cada lámina de este coleccionable. Entre una toma y otra, sólo el tiempo. El ángulo desde el que han sido tomadas es el mismo. Si las superponemos saltarán las diferencias. El texto que las acompaña es corto: consistirá únicamente en unas pocas líneas que sean como compases de fondo para acompañar la melodía que cada uno de nosotros pondrá al iluminar ese rincón quizás olvidado de nuestra memoria.

En unos momentos en los que nuestra ciudad sufre una depresión (la más reciente, la de Bravo Murillo), en los que las obras la tienen abierta en cicatrices múltiples y los que la habitamos o transitamos por ella sufrimos la agobiante tensión de movernos por sus calles, CANARIAS-7 que palpita en sus páginas de cada día con los problemas de las islas, quiere, una vez más, con las imágenes que desde hoy ofrecemos, excitar el amor por lo nuestro como única vía de garantizar ese futuro de prosperidad y bienestar para todos por el que apostamos desde nuestro primer día.



José Vicente León Fernández
CONSEJERO DE INDUSTRIA Y COMERCIO

Canarias 7